

Tierra y Cielo

S. y J. ALVAREZ QUINTERO



MARUCHI FRESNO





AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARRADA, 14 y 16
BARCELONA

CARLOS, 3
MADRID

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 78657

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Apartado 707 - Teléfono 70457

BARCELONA

AÑO III

Núm. 18

TIERRA Y CIELO

PRODUCCIÓN ORIGINAL DE LOS GLORIOSOS AUTORES

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

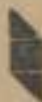
EMOZIONALE novela de amor, en la que un apuesto aristócrata se ve envuelto en un crimen sensacional, no queriendo demostrar su inocencia, para no manchar el honor del muerto ni herir la reputación de una mujer, siendo condenado severamente. En el Museo del Prado de Madrid, y contemplando los inmortales lienzos de Velázquez, de Zurbarán, del Greco, de Goya, se encuentra a la mujer que le ha de conducir a la felicidad.

PRESENTADA EN EL PALACIO DEL CINE, DE MADRID, POR
HISPANIA TOBIS



(Cinematográfica Española Americana, S. A.)
CIUDAD LINEAL - MADRID

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL



**HISPANIA
TOBIS**

Marqués de Valdeiglesias, 8 - MADRID

REPARTO

<i>Clara Laurel</i>	MARUCHI FRESNO
<i>Juan Ernesto</i>	ARMANDO CALVO
<i>Don Sabino</i>	Rafael Bardem
<i>Balbuena</i>	Fernando Fresno
<i>La madrastra</i>	Eloísa Muro
<i>Elisabeth</i>	Consuelo Nleua
<i>La Marquesa</i>	Amparo Saus
<i>Jesusa</i>	Luisa Puchol
<i>Don Pepe</i>	Mariano Ozores
<i>Mendoza</i>	Luis Llanuza
<i>El hombre misterioso</i> .	Ignacio Maleos

Original de

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

Música del

Maestro BLONSO

Dirigida por

EUSEBIO F. ARDABÍN

Realizada en los

ESTUDIOS DE LA HISPANIA TOBIS

C. E. A.

Cinemalografía Española Americana, S. A.,
Ciudad Lineal - Madrid

Narración literaria de la novela

J. MORENO OÑA

TIERRA Y CIELO

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

UN CRIMEN EN PARIS

El general Michardin, ilustre personalidad francesa, ha sido asesinado de modo misterioso. El hecho, sensacional de suyo, ha impresionado vivamente a la opinión parisién, que sigue sus incidentes con ansiedad. No se descubre el móvil del suceso, y la gente, conmovida, fantasea a su gusto. Sin fundamento comprobado se hace una detención, y esto, lejos de aplacar, excita más los ánimos. Se ha detenido a un joven distinguido.

Realizadas por las autoridades las diligencias de rigor, la prensa anuncia que va a dictarse sentencia y los periódicos son arrebatados de las manos por el público. Tanto ha intrigado el crimen, en realidad con-

fuso y sorprendente, sobre todo desde la detención del joven aristócrata, única persona que aparece envuelta en el proceso, con la gravísima acusación—y ésta basada sólo en indicios raros—, de haber dado muerte al general francés M. Michardin, figura estimadísima.

La gente acude a la vista en cantidad extraordinaria, viéndose, entre la misma, caras sobresalientes de la alta sociedad francesa. Tanto la víctima, como el procesado, gozaban de generales simpatías. El acusado, joven de veintitantos años, es de una gallardía atrayente. De innata distinción, sus movimientos más sencillos descubren su nobleza. Sufre visiblemente en el banquillo. Acusa con el gesto un desesperado

estado de ánimo. Sin duda alguna, sostiene una terrible lucha íntima. Sus ojos, francamente expresivos, parecen declarar algo que el corazón, impetuosamente caballeroso, quiere callar a toda costa.

Y cuando el fiscal dice:

—Yo acuso a Juan Ernesto Florin del asesinato del ilustrísimo general Michardin.

Juan Ernesto Florin se limita a responder con energía:

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

—¿Si es así, por qué no declara? Su silencio es la mayor acusación.

—¡Soy inocente!

No dice nada más, menos aún después de descubrir en el público a una bellísima mujer que lo mira con emoción. El procesado, al verla, profundamente abatido deja caer la cabeza sobre sus manos en un doloroso estremecimiento de congoja.

...

Por su silencio, tan sospechoso como el crimen, Juan Ernesto Florin fué condenado por la Justicia. Las pruebas aportadas al sumario, ninguna de las cuales obtuvo rectificación por parte de Juan Ernesto, le condenaban previamente. Y unos meses después, tan angustiado y deprimido como quedó al concluir la vista, nos lo encontramos en la cárcel.

No es ni su sombra. Su apostura, despiadadamente maltratada por las penalidades de la prisión, ha perdido alegría. Pasea por su celda como un autómatas. Su cansancio es notorio, y su dolor, impreso en su mirada como en el desmadejamiento conmovedor de su figura, antes gallarda y sugestiva, es un claro reflejo de algo impreciso, que ... sin saber por qué, disculpa al preso y lo ennoblece. ¿Por qué mató? O — si era inocente, como afirmó en todo momento —, ¿por qué no habló con claridad? El sabía, él tenía algún secreto, el mismo, sin ningún género de duda, que lo condujo, primeramente, al banquillo, y que ahora, consumiendo su vida entre dolores y tinieblas, lo mantenía en prisión.

Su resolución era firme, propia de un temple heroico. Callaría siempre, cosa que demostraba conllevando su pérdida de libertad con la resignación máxima.

Cierta noche, inesperadamente, se abrió la puerta de su celda — acción realizada por no se sabe quién con sigilo extremado —, y le tiraron unas prendas de vestir: un capotón y un gorro militar. ¿Qué era y qué significaba aquello? Pronto quiso comprenderlo todo; pero..., receloso por prudencia, vaciló un rato. ¿Se le quería probar? ¿Se le ponía un nuevo cepo?... Desechó sus temo-

res. La probabilidad de verse libre valía la pena de exponerse. Se dirigió a la puerta de su encierro, cercioróse de que la habían dejado abierta y decidió escapar. Rápidamente se disfrazó y puso en práctica la huida.

Indudablemente, le protegía todo. No encontró a nadie en los pasillos de la cárcel. Sin respirar, deslizándose ágilmente por entre las sombras bienhechoras de los corredores, salvó una galería interminable. Lo guiaba la luna, de una luz singular en aquel momento. Corría; mejor aun: volaba. La ansiedad pone alas en el espíritu y en la carne. Y abandonó, por fin, sin el menor tropiezo, el edificio inmenso que le cortaba lentamente la existencia. Libre de la prisión, dudando todavía de que fuese verdad aquella dicha, siguió corriendo un gato más, hasta que la fatiga lo rindió.

Jadeante, agobiado, sin fuerzas siquiera para poner en orden sus pensamientos, se apoyó en un farol. No transitaba persona alguna. Estaba en una calle silenciosa y tranquila. Podría respirar, reponer su vigor, pensar, determinar, sobre todo determinar, para que el paso dado, gravísimo de suyo, no empeorase su situación por un descuido.

Algo sosegado, discurría sobre la necesidad de emprender un camino

conveniente, cuando surgió de pronto y cerca de él un hombre extraño. Esta nueva figura, enjuta y alta, llenó de espanto a Juan Ernesto, el cual pretendió esconderse inútilmente. Por fortuna, el hombre inesperado pasó de largo sin decir palabra; pero no sin perturbar los ánimos del fugitivo con su mirar tenazmente inquietante. No se trataba de un transeúnte más o menos curioso. Había seguido a Juan Ernesto. Su actitud, y aún más que su actitud de vigilancia disimulada, lo descubrieron como partícipe de algo, en relación con Juan Ernesto, la indiscreción resuelta de sus ojos. ¿Quién era aquel... intruso, desconocido para el joven?

Fuese quien fuese, la figura misteriosa traspuso pronto la calle, desapareciendo en la sombra, y Juan Ernesto, que nunca fué timorato, reaccionó en seguida, para no darle al caso excesiva importancia. Lo pertinente era ocuparse de él, de él mismo, que había de resolver acto seguido sobre su situación, tanto más enfadosa cuanto más vacilase. Instintivamente, sin que su acción fuese inspirada por deseo alguno, se palpó los bolsillos del capotón y halló un carnet. No previó nada al encontrarlo. Pero lo abrió y quedó sorprendidísimo. Su fuga, indefectiblemente, había sido estudiada y

preparada por un corazón amigo. En el carnet de referencia iba su pasaporte y unos billetes de mil francos. Para evitar dificultades peligrosas, el pasaporte, que era para España, país nativo de Juan Ernesto, iba extendido a nombre de Antonio Gutiérrez, nombre que ostentarla Florin en lo sucesivo. Educado en Francia por sus padres, le sería facilísima en su tierra la ocultación de su verdadera personalidad. Aun así, no le satisfizo el juego a Juan Ernesto, sobre todo porque había de ejercitarlo en su propia nación; pero, anhelante de libertad, aceptó el sacrificio. Moría para nacer...

* * *

Don Sabino Román, hombre, aunque algo áspero de modales, inteligente y bondadoso, es dueño de una gran fábrica de cemento. Como persona caballerosa y como industrial enriquecido, su crédito y su prestigio se cotizan envidiablemente en la alta sociedad madrileña. En otro aspecto, don Sabino, que lamentaba una viudez temprana, pues, físicamente, tanto por los años como por temperamento, se conservaba fuerte y optimista, era feliz, porque tenía una hija encantadora. Distinguida sin afectación, extraordinariamente bella, con talento probado y educada admirablemente, Clarita,

ya mujer, era, en efecto, deliciosa. Y adoraba a su padre, como éste, entusiasmado con su heredera, idolatraba a ella. Entre los dos, como es de suponer, no podía sospecharse que hubiese el menor disgusto. Y he aquí que una mañana, Clarita, a simple vista, temerosa, pero en el fondo decidida, se presenta en el despacho de Román, para hablar con él:

—¡Papá!

—¿Qué quieres, hija?

—¿Has pensado en lo que te dije anoche?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que anoche y hoy por la mañana, a la luz de las estrellas o a la luz del sol, lo tengo por un solemnisísimo disparate, y no te lo consiento. ¡Estoy harto de tus visiones y de tu quimeras!

—Pues a la luz de las estrellas y a la de la luna y a la del sol, te juro que mi resolución es muy firme, y no retrocede... Quiero trabajar, quiero labrarme yo mi vida.

—¡Bah! Pamplinas, literatura... Trabaja aquí.

—Aquí no.

—Es decir, que amaso una fortuna con mil afanes y sudores, dejándome en el camino la salud y hasta la conciencia, para educar a mi hija como a una princesita, y ahora...

—Ahora tu hija levanta el vuelo; ahora en su corazón ha sonado la hora suprema de la mujer y todos los hombres que te cercan y me persiguen me repugnan.

—¿Todos?

—Todos. Llegan a mí codiciosos de tus riquezas; ninguno por mí persona o por mi espíritu.

—Literatura, literatura. No vives en el mundo. No pisas la tierra. ¡Malditos libros embusteros!... Pero barrunto yo que algo más hay en el por qué de tu decisión.

Padre e hija, los dos entristecidos, se miran cariñosamente, pero poniendo en la mirada un embarazoso asomo de desafío. Guardan silencio breves instantes, y Clarita, leal consigo misma, responde al fin:

—Sí, papá...: hay algo más. ¡Mucho más!

—Pues dime, ¿qué?

—Sé que vas a casarte y yo no quiero más madre que la que tuve.

Don Sabino, dolorosamente sorprendido, no acertó a replicar.

ANTONIO GUTIERREZ, EMPLEADO QUE NO HACE NADA

JUAN Ernesto, convertido en Antonio Gutiérrez, entró en España fácilmente. Su alegría, que fué inmensa, se veía nublada, sin embargo, por el hecho irremediable de tener que ocultar su verdadero nombre. Condenado de un delito común podía ser detenido donde estuviese.

Abrumado intimamente, a pesar de la satisfacción que le producía su permanencia en Madrid, tierra de maravilla en la que vino al mundo, pero que él no había vivido, no se tomó la menor molestia por averiguar quién o quiénes le prepararon la evasión, quién o quiénes le proporcionaron un bien que nunca agradecería lo bastante. Sólo sabía que su familia—su ilustre madre, que mantenía aún su residencia en Fran-

cia—, no había intervenido para nada en el asunto. La señora marquesa de Florin, orgullosa de la imaculada estirpe de su casa, desaprobó en todo momento la vida caprichosa de su hijo, y no influyó, poco ni mucho, para que fuese libertado el que pecó, no según él, que negó siempre, sino según la inflexibilidad de la Justicia.

No obstante, en Madrid halló grandes facilidades para disimular mejor su estado. Sin necesitarlo económicamente, se hizo empleado de un ministerio, en una de cuyas mesas polvorientas se le ve a diario, más que resolviendo expedientes, contando las telarañas de la habitación. No es expansivo con sus compañeros, los cuales, aun encontrándolo... misterioso, sienten por él viva simpatía. Viste con modestia,

pero con pulcritud. Cordial y sugestivo en sus modales, consigue, sin hablar, que se le perdone todo. Más que trabajar, anda a retortero constantemente con su imaginación. También, casi todos los días, apenas cree aburrirse en la oficina, pide permiso al jefe y se va a la calle.

—¿Me necesita?

—Siempre.

Don Pepe, viejo burócrata, zumbón y dicharachero, dirigiéndose al resto de los oficinistas, dice por Juan Ernesto—es decir, por Antonio Gutiérrez—, apenas ve que solicita autorización para marcharse:

—Como ayer.

—Como desde el primer día—responden otros.

El jefe, por su lado, comprensivo y bonachón, sin oír las murmuraciones burlonas de los demás, atiende al joven.

—¿Es que quiere usted irse quizá?

—Si usted me lo permite...

—¿Y por qué?...

—Pues... Voy...

—¿Y por qué no se ha ido usted ya?

Rien todo: la gentileza pícaro del jefe, y Antonio, risueño por gratitud, se despiden hasta el día siguiente. Y sus compañeros comentan:

—El hombre silencioso.

—El hombre misterioso.

—El hombre que hace el oso—apostilla don Pepe, para que el jefe, interviniendo en los comentarios, le pregunte:

—¿Y por qué hace el oso? ¿Usted qué sabe, mi querido don Pepe?

—Claro que sé. Tener sus años y su tipo, y pudrirse en una oficina de Hacienda, ¿no es tocar la viola?

—¿Qué haría don Pepe con su físico y con su edad?

—¿Yo? Buscar a la muchacha más rica y más bonita de Madrid y casarme con ella. Y no pasarme el día papando moscas. ¿Ustedes saben dónde se va ahora ese lunático?

—No.

—¿Adónde?—inquiere otro.

—Al Museo del Prado. A pasarse las horas mirando al perro de las Meninas. Me alegraría que le mordiese, ¡por pánfilo!

La risa y las cuchufletas abren un largo paréntesis en el monótono trabajo del Negociado.

Efectivamente, Antonio, al abandonar la oficina, se dirigía siempre al Museo del Prado. Enamorado cada día más de su país, en el Museo aprendía a adorarlo. El tesoro fabuloso de sus pinturas, rico como ninguno, le hacían sentir más que decir: «si España es esto, España es única».

Cierta día, discurriendo por la sala central, oyó que, cerca de donde estaba él—en la Sala de Murillo—, hablaba un hombre, cuya voz, por la serenidad y emoción de su acento, le sedujo, y enderezó sus pasos hacia el indicado sitio, encontrándose con una grata escena en la que un profesor, rodeado de alumnos—muchachas y muchachos entusiastas, que oían al Maestro con embeleso—, explicaba sin petulancia, con la divina sencillez de quien ama fervorosamente lo que siembra:

—Se ha dicho mil veces que si Velázquez es el pintor de la tierra, Murillo es el del cielo. Esto, no por vulgar y repetido deja de ser muy acertada observación. Las figuras de Velázquez están amasadas con humana arcilla; las de Murillo con celajes y resplandores ideales. Los reyes, los príncipes, los poetas, los bufones y hasta los monstruos velazqueños, transpiran, sudan, laten, viven... Los santos, los mártires, los místicos murillescos se hallan tocados ya de una divina gracia, como si el mismo Dios guiase y llevase la mano del artista... Velázquez pinta en un palacio, donde toda ambición tiene su asiento; mundo de intrigas, de codicias, de las pasiones de la tierra... Murillo trabaja en su hogar y copia a su es-

posa y a sus hijos y los convierte con sus pinceles mágicos en concepciones o en querubines... ¿Comprendéis por qué es feliz la expresión de que uno es el pintor de la tierra y el otro el del cielo?

Antonio, sumado espontáneamente al corro de alumnos, escuchó la palabra del maestro con igual religiosidad que la oían los discípulos, tan embebido como éstos, entre los que figuraba, quizá con más unción que los demás, pues sus hermosos ojos, de un azul de poema, se humedecieron emocionados, la subyugadora hija de don Sabino, a cuyo lado, sin reparar en ella ni ella en él, se colocó Antonio Gutiérrez. Les atraía exclusivamente la lección.

Terminada la charla, el auditorio quedó libre. Y los muchachos—ellas sobre todo—, en cadeneta encantadora, abandonaron el Museo y fueron a la gloria de El Retiro, en cuyos espléndidos jardines, recorriendo senderos y saltando macizos, llenaron la alegría del lugar con la alegría—ésta mejor y más intensa—, de una canción de juventud, irresistiblemente bienhechora.

Entre los separados de aquel grupo iban Clara y Antonio, ambos sumidos en sus respectivas meditaciones. Daban la idea, bajando, cada cual por su lado, la amplia escalinata del Museo, de que seguían oyen-

do al profesor. Ansiosos de emociones artísticas, o prisioneros de un mundo propio repleto de inquietudes, les despreocupaba en absoluto cuanto girase en torno de ellos. Ni miraban, ni oían. Al descender la escalinata se aproximaron tanto que, a poco más, tropiezo el uno contra el otro. Ni así se vieron. Silenciosos y abstraídos, hondamente abstraídos, uno por un camino y el segundo por otro, se distanciaron sin mirarse.

Clarita, que a su belleza y distinción unía un temple rico en firmeza, llevó a cabo la resolución adoptada frente a su padre, debido a lo cual, como primera providencia, cambió la suntuosidad de su casa por la pobreza limpia de una pensión de poco fuste. Disgustada, al fin, con don Sabino, la hija se lanzaba, ni timorata ni inconsciente, a cultivar su vida por cuenta propia.

Más que pensión de pretensiones, la casa de Jesusa, bonísima mujer a cuyo cuarto fué a parar la señorita Clara sin declarar su procedencia, daba la sensación de ser un hogar familiar, recatado y tranquilo. La mentada Jesusa no podía ser más hacendosa y lista, en el mejor sentido de la palabra; Balbuena,

su marido, tenía más de infeliz que de marido, y la hija del matrimonio — una bobalicona niña de doce años — no hacía otro mal, de cuando en cuando, que el de desafinar el piano, con la intención de darle un punto alegre y distinguido a la vivienda.

En dicha casa, nuestra rebelde Clara había tomado habitación para «labrar su vida». Rendidos ante su educación, a simple vista esmerada, Jesusa, que era, en realidad, la que disponía en su domicilio, le cedió a Clarita la mejor pieza del cuarto: una alcoba sencilla, con armario, cama y mesa, y ésta, que servía de escritorio, con una lámpara portátil. Entre sus paredes, pensando o escribiendo cuando volvía de la calle, la muchacha, a pesar del motivo ingrato que la indujo a separarse de su padre, se consideraba encantada. Aún no había conocido, verdaderamente, estrechez alguna. Se desenvolvía con modestia, pero sin agobios mortificantes.

En la pensión, por otro lado, le habían tomado cariño y procuraban no molestarla, respetando buena mente todos sus gustos; mejor dicho, no se tomaba una determinación, por baladí que fuese, sin consultarla con Clarita. De aquí que la patrona, la noche en que descubrimos a Clara en su nueva resi-

dencia, le preguntase a la muchacha antes de decidirse a cerrar la puerta:

—¿No sale la señorita esta noche?

—No.

—Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

Jesusa, quedamente, salió de la habitación de Clara, cerrando tras de sí la puerta de la misma, y apenas vióse frente a su marido, Balbuena, que también vivía pendiente de cuanto hiciese y dijera la joven, abordó a su respetable media naranja:

—¿Qué hace la señorita?

—Escribe en ese libro en el que

pone todo lo que le ha ocurrido durante el día.

—¡Lástima de criatura! Yo creo que está un poco «viruta».

—Ninguna persona que paga bien y con puntualidad está «viruta»—repuso Jesusa enérgicamente.

En efecto, Clara, rodeada de la quietud que deseaba, escribía en su «libro de confesiones». Su rostro resplandecía, sobre todo relejendo en silencio lo que acababa de escribir.

«Soy dichosa: sé que mi madre aprueba mi resolución y que sigue mis pasos. Mañana comenzaré a copiar en el Museo la «Niña» de Murillo. ¡Con qué embeleso miro este cuadro...!»

«¿VOLVERE A VERLO?»

CLARITA, como se había propuesto, copiaba en el Museo del Prado «La Concepción» de Murillo, vulgarmente llamada «La Niña». Demostraba en su arte una destreza extraordinaria. Pintora por amor, su trabajo la descubría como a una artista merítísima. Era segura en el color y sutil en la línea. Reproducía sólo el busto de la mentada imagen, y la cara, acabada ya, tenía la perfección que requería. A Clara, sin duda alguna, la llevaba Dios por el camino de la gloria.

Cierta mañana, en ocasión que pintaba nuestra heroína, Antonio, que acababa de entrar en la Sala de Murillo, sin otro propósito, reincidente casi a diario, que el de enorgullecerse como español frente a los

cuadros españoles del Museo, al llegar donde estaba Clarita se detuvo, franca y espontáneamente entusiasmado de la reproducción. El parecido de la copia era asombroso. Y quedó embelesado...

La señorita Clara, que, obsesionada en su labor, no reparaba casi nunca en los curiosos o admiradores, tuvo en aquel momento, con Antonio delante, más que una distracción o un instintivo movimiento de descaso, una corazonada inexplicable que la impulsó a mirar al joven, impresionándose de un modo raro... Palideció gozosamente y en su sangre y en su alma penetraron, atropellándose como si jugaran, sensaciones desconocidas... ¿Quién era aquel muchacho? ¿Lo conocía?... A juzgar por la confianza instintiva

con que se quedó fija en él, Antonio era o había nacido para ser algo suyo... Probablemente, aquello no pasaba de ser una traidora alucinación de juventud.

Antonio, por su parte, sensible a la bondad de las manifestaciones artísticas, seguía admirando la primorosa copia de «La Niña», y entusiasmado, plenamente conquistado por lo perfecto del trabajo, sintió vivo deseo de saludar con la mirada—de felicitar más bien calladamente—a la feliz autora de la reproducción, y volvió la cabeza hacia Clarita... Dios lo quería aquel día a satisfacción. Se olvidó de «La Niña»... El resplandor de la muchacha, bella en aquel instante como nunca, deslumbró a Antonio, el cual, al sorprenderse con que él ya era observado por ella, sostuvo el cruce de miradas con emoción dulcísima.

También para Florín—es decir, para Antonio Gutiérrez, natural de Madrid y empleadillo holgazán de un Ministerio—la cara de Clarita, su expresión soberana, de un dulce hechizo irresistible, le hizo creer en algo, extraño y propio a un tiempo, que le atrala desde lejos..., que ya había sido, para volver a ser, encanto y protección cordial de sus mejores horas. ¿Por qué esta sensación, quizá sin consistencia, sin ra-

zón y sin base, pero embriagada toda ella de ternura? Jamás antes de ahora vió a Clarita, y la impresión enorme de aquel momento, indefinible para él, le hizo pensar, como él a ella, en que se conocían..., o en que debían quererse ya sin haber sido amigos.

Ninguno habló. No se atrevieron, por sí los ojos, menos sumisos siempre a las exigencias formulistas de la vida, se habían excedido. Pero aquel día, que abandonaron el Museo ambos a un tiempo, no descendieron la escalinata para alejarse uno del otro sin que los dos supiesen que existían. Separados aún, él a distancia de ella, iban quizá de brazo diciéndose ternuras, o..., charla que charla, descubriéndose algo insospechado, gracias a lo cual, la impresión primera del encuentro, profundamente grata, se convertía en abismo o en dolor que los hacía infelices para siempre.

Llena de vida y de esperanzas, como exigía su juventud, Clara pasó el día sonriendo. El corazón la protegía, mintiéndole quizá con promesas de gloria. De noche ya, con su ilusión por compañía, escribía en su «diario»:

«Sábado, 10. Por primera vez en mi vida he sentido en mi corazón la felicidad de la mirada de un hombre. ¿Volveré a verlo?»

TODA LAYENDA BELLA DEBE CREERSE

CUANDO el destino coge una madeja no la abandona intacta; o la deslía o la enreda.

Clara volvió a encontrarse con Antonio y siempre, siempre en el mismo sitio: frente a «La Niña» de Murillo, cuya labor de reproducción avanzaba ahora lentamente. La divina pintora—divina por ella misma como el Maestro por su escuela—suspendía su trabajo con frecuencia para quedarse ensimismada, sólo entregada a su pensamiento, que fabricaba íntimamente y sin copiar otra obra más pura, mucho más personal, no obstante la actitud, al parecer absurda, de Antoñito Gutiérrez.

—Esto, en realidad, no procedía de modo consecuente, mucho menos si

se tenía en cuenta su carácter, audaz y decidido como pocos. Desde el día inolvidable, día en que sus ojos, como cogidos por un imán, se clavaron en los de Clara por vez primera, no había dejado de visitar, a la misma hora, la Sala de Murillo, o—para él desde aquel momento—el palacio encantado de su hada. Sin embargo, aunque iba por ella, no se atrevía a abordarla.

Lo deseaba fuertemente, cada día más, y cada día, empero, sentía más miedo; miedo, sencillamente, sin explicarse la razón ni hallar una disculpa, ante el hecho inmediato de enamorar y enamorarse, cosa que presentía natural y sin remedio alguno si se acercaba francamente a la muchacha. ¡Era tan deliciosa!... Pero, ¿podrían quererse? Luego que

se quisiesen, ¿podrían ser dichosos? ¿No se alzaría entre los dos un imposible?...

Con sensatez o no, se atormentaba Antonio horribilmente, mortificando al mismo tiempo, sin desearlo, a una criatura encantadora que merecía—según sus impresiones—el cielo por hogar. La vela a diario; diariamente, en crescendo, se emocionaba más y más viendo pintar a Clara, admirándola, quizá queriéndola en silencio, que es, muchas veces, como se quiere más y más intensamente; pero..., acobardado por sus temores, se dominaba sin poder, haciendo esfuerzos sobrehumanos, para dar la impresión, con fingida prudencia, de que admiraba sólo el trabajo artístico, la obra feliz que realizaba una muchacha inteligente.

Ella sufría, sin duda alguna, más que él. Había vuelto a verlo, no una vez sino varias; pero mudo y absurdo, inconcebiblemente incomprensible. No tenía trazas de cohibido, de hombre apocado y tímido. Le parecía más, viéndole retador por apostura y bizarria, amo y señor de una audacia sin límites. En otro orden—precisamente, en el que la preocupaba sobre todo—no creía que el muchacho se le acercase día tras día, como quería dar a entender para seguir pasito a pa-

so la ejecución de aquella copia, la cual, por hermosa que fuese, no podía interesar... como lo natural de su figura, talla de perfección insuperable por su vida.

Esto la consolaba; es decir, Clarita descubría graciosamente, para creer en un mañana encantador, que el joven, con un don de elegancia exagerada, fingía un estado falso. Entréveía en sus ojos, avariciosos al mirarla, que su deseo era distinto al que acusaba, o al que quería acusar friamente. Acertada o no, él rompió a hablar una mañana:

—Es admirable —dijo Antonio Gutiérrez, refiriéndose, naturalmente, al trabajo de Clara.

—¿Le gusta?

—Mucho. No parece realmente una copia, sino la imagen original reflejada en un espejo.

—¿Por Dios!

—No es cortesía ni halago; hace unos días que la veo trabajar y me cautiva su destreza, su gusto...

—Declaro que me anima, que me enciende, que me sugiere la cabecita de la virgen.

—La hija del pintor le sirvió de modelo, ¿no es así?

—Eso asegura la leyenda.

—Pues toda leyenda bella debe creerse...

Ella, por lo menos—si era leyen-

da—, creía en la que vivía. Ya hablaba con Antonio, le oía y soñaba... Fuese, andando las horas, el amor de su vida, o sólo una amistad que la encantase, por cordial y sincera, la acción de hablar con él la hacía dichosa. Y él parecía sentir lo mismo.

Se interrumpió el trabajo, como homenaje al acontecimiento de aquel día. Poco después, Clara y Antonio, gozosos de su charla, paseaban sin rumbo... Hablaban por hablar, hablaban mucho, sin que los

temas elegidos por el capricho les importase un bledo; les importaba más lo que callaban, lo que ninguno se decía, o porque lo temiesen, o porque lo considerasen prematuro. Lo cierto es, a juzgar por sus ojos, que eran llamas serenas de una ambición común, que la mañana clara, ebria de luz y aroma primaverales, sentíase pobre en su belleza ante la dicha luminosa, no por callada menos íntegra, de aquella juventud llena de anhelos que hablaba y paseaba y se quería...

LA SEÑORITA LAUREL...

LAMAN en la pensión de doña Jesusa y el marido de esta buena señora se apresura a abrir la puerta, encontrándose con un señor, cuyo porte le causa cierta extrañeza porque denota ser un hombre rico.

—¿Qué hay, caballero?

—Buenas tardes. ¿Es usted el patrón?

—No, señor.

—¿Quién lo es, entonces?

—Mi mujer.

—¡Ah!, ya. Y usted, por lo visto, es la patrona.

—Digo esto—insistió el resignado y pacífico Balbuena—porque la casita la amueblamos para alquilarla, con dinerito de ella. ¡Las cosas! Ella tuvo un cafetín hace años y...

—Nada de eso me importa—atajó el visitante, dando unos pasos hacia el interior de la casa—. Yo vengo a hablarle de la señorita que ustedes hospedan.

—Encantado, encantado. ¿Se refiere a la señorita Laurel?

—No es ese su apellido. Su apellido es el que llevo yo, que soy su padre.

—¿Es? —exclamó «la patrona» visiblemente asombrado.

—Su padre. La señorita que hospedan ustedes podría vivir como una reina porque es millonaria...

Balbuena, a poco más se cae de la impresión. Con los ojos escandalados, no sabía si seguir oyendo de pie, u ofrecerle dos sillas a don Sabino. El caballero, en cambio, continuó diciendo:

—...pero prefiere vivir así, obscuramente; fuerza mayor me obliga a tolerarle este absurdo. De modo, que aclarado lo dicho, escuche y tome nota, porque le conviene y me conviene.

El marido «del patrón», como si fuese esta misma, comprendió lo que oía mejor que nunca y puso la máxima atención en lo que sigue:

—Un servidor mío le buscará a usted con frecuencia. Para que ella de riesgo que corra, necesidad en que se vea...

—Descuide, caballero.

—Mi servidor ha de saberlo todo de boca de usted y yo asimismo por su mediación. No le pesará a usted servirme, ¿estamos?

—Estamos mejor que antes, sí, señor.

—Y silencio.

—Sí... sí... silencio.

—Silencio sobre todo, porque si ella adivina tales maquinaciones ha de echarlo todo a rodar.

—¡Cá!

—Buenas tardes—saludó don Sabino y abandonó la pensión.

Balbuena, por su parte, no acertó a responder. Gran imaginativo, a pesar de estar casado con doña Jesusa, que pensaba por toda la familia, creyó que le había tocado el «gordo», y la cosa, como es de su-

poner, lo dejó sin habla y sin aliento un rato largo.

* * *

Don Sabino se disponía a ocupar el coche—un magnífico auto de su propiedad—que lo había llevado a la pensión de doña Jesusa, cuando oyóse llamar cariñosamente:

—¡Papá! ¿Tú?

Padre e hija, contentos de encontrarse, se abrazaron.

—Yo, hija mía, yo... ¡Que prefieras vivir así!

—¡Y por nadie me cambio!

—¿Trabajas?

—Hago copias en el Museo y me salen compradores. Gozo de una manera nueva, por imprevista, deliciosa.

El industrial caballeroso y práctico, que escuchaba a su hija con atención que era dolor y orgullo noble, añadió enternecido:

—¿Y no es hora ya de que acabe esta chiquillada?

—Si fuese chiquillada, ni siquiera hubiese comenzado. Lo sabes demás: mi determinación tiene hondas raíces.

—¡Pero, hija!...

—Hija, eso es: el cariño a mi madre fué más que cariño; fué veneración, culto...

—Como madre ha de quererte la que...

—Silencio.

Don Sabino, sin otro fin que el de armonizar propósitos y sentimientos, habló de la mujer en quien había puesto sus ojos, para ponderar sus cualidades de bondad y distinción; pero Clarita no atendía.

—Silencio—repitió—. De esto no hemos de hablar... Son muy distintos el lenguaje y los sentimientos de ambos... No nos entenderíamos jamás...

Se despidieron emocionados.

Poco después, en el comedor de la pensión, Clarita observaba, con alguna extrañeza, que los patronos eran «otros», mucho más amables y atentos que lo habían estado siempre. Sin embargo, no le concedió gran importancia y, de momento, no hizo la menor pregunta. Pero su extrañeza subió de punto a la hora de cenar, momento en el que fue solícitamente rodeada por la familia entera de Jesusa. Esta, en persona, contra costumbre, porque solía servir Balbuena, sirvió a Clarita aquella noche.

—Si el puré no le gusta así, señorita—advirtió Jesusa recreándose en su zalamería—usted me lo dice.

—Natural—añadió el marido—; aquí no estamos más que para servirle.

Y continuó la patrona:

—Yo tengo un libro de cocina, que me compró Balbuena...

—Y si ése está «antiguado»—objetó el hombre—se compra otro.

E intervino la señorita, ya intrigadísima, para decir:

—Esta vajilla no ha salido hasta hoy.

—Hasta hoy.

—Y hoy, ¿por qué?

—Algún día ha de usarse.

En esto, un perrillo faldero que jugaba con la niña del matrimonio, púsose de un salto sobre la mesa y pretendió meter el hocico en el plato de Clara, acción ineducada que soliviantó a los patronos.

—¡Chucho!—gritó doña Jesusa—. ¡Ay qué perro más pegajoso! ¡Vete!

—¡Hala!—gruñó Balbuena a la par que sacudía al animalito.

—No, no me incomoda. Ven, Filito—se le ocurrió decir a Clara, e inmediatamente, como si no hubiese en casa nada mejor ni más querido, el matrimonio se lanzó a cazar al perro para traérselo a la señorita.

—¡Filito, ven!

—¡Ven, Filito!...

Clara subrayó la escena con una sonrisa maliciosa.

* * *

La bellísima artista, sin descuidar los coloquios amistosos... con Antonio Cutiérrez, que, verdaderamen-

te entusiasmado con el trabajo de su amiga, ha estimulado a la muchacha con su admiración, ha concluido felizmente, como se había propuesto—haciendo de su obra una expresión cabal de arte selecto—, la copia de «La Niña», en cuyo barnizado la encontramos hoy. Inteligentemente satisfecha de su labor, hasta en el trabajo que realiza ahora, fácil para ella, pone sus cinco sentidos. Nunca hizo un cuadro que la encantase tanto como éste, no sólo por lo depurado de su ejecución, sino... porque el original, el propio original, la emocionaba de un modo extrañamente delicioso.

Hallándose, como decimos, dando los últimos retoques del barnizado, y, al parecer, atraído por la copia, se acercó a Clara un joven extranjero, italiano de nacionalidad, Farinelli de nombre, buena figura, simpático de aspecto, el cual, luego de admirar sinceramente el cuadro afortunado de la muchacha, dirigióse a ésta para preguntarle y entablar con la misma el siguiente diálogo:

—¿Vendería usted esta copia, señorita?

—No la hice con ese propósito.

—No obstante... es perfecta... perfecta. El propio Murillo la aplaudiría.

—¡Oh! ¡Qué lisonja! ¡Una pobrecita aficionada!

Antonio, que acababa de entrar en la Sala de Murillo y que dirigía sus pasos hacia el lugar de «La Niña»..., al advertir que Clara conversaba con un individuo extraño, procuró hacerse el desentendido prudentemente, y se entretuvo a pocos pasos de Clarita, de modo que podía escuchar lo que se hablase, contemplando otro cuadro. Y el italiano, por su parte, decidido en su idea, insistía en comprar la copia, cosa a la que respondía su autora:

—No, No la vendo.

—¿Y por qué no?

—Porque la pinté para mí.

—¡Oh!, puede usted hacer otra, una réplica.

—Sé que no me saldría como ésta.

—Yo la pagaría sin regateo.

—No, no...

—Señorita, soy muy terco y muy caprichoso; me ha enamorado esa cabeza y no desisto de mi deseo...

—Ni yo de mi respuesta.

—Iré a verla a su casa.

—Venga cuando guste, pero nada conseguirá.

—¡Oh!, lo veremos. A los pies de usted, señorita.

Saludó muy ceremonioso y se aleja. Clara no le había concedido la menor importancia, y mucho menos

al retirarse, porque reparó con alegría en que se le acercaba Antonio.

—¿Algún comprador?

—Sí, un extranjero; parece italiano.

—Lo envidio.

—¿Por qué? Este lienzo no saldrá de mis manos... Delicadezas íntimas; amigo mío.

Y agregó el joven, mirando con insinuación graciosa a Clara:

—Amigo mío...

...

Clarita, en su alcoba de la pensión, cuelga en una de sus paredes la copia de «La Niña», maravillosamente acabada. Clara trata a este cuadro con unción de fanática. No la envanece su labor; la atrae, la enciende y la seduce la celestial imagen del modelo, más —seguramente— que por su rara perfección, por la impresión indescifrable, de infinita ternura, con que llena su alma, la cual espera de «La Niña», sin saber explicárselo, una dicha de fábula...

Además, la copia tiene para ella doble valor, por haberla trazado un destino íntimo... Viéndola, pues, contemplando su obra, en vez de criticarse bien o mal, para sentirse satisfecha o para exigirse, pensaba en su propósito; mejor dicho, en sus sueños... La copia era su vida.

Si conseguía, al fin, ir a parar a donde Clara ambicionaba, la artista y la mujer habrían triunfado. Y hasta quizá, entonces, comprendiese, para sentirse enloquecida de alegría, lo que hay de indescifrable en la impresión dulcísima de la imagen, en la que ella recibe, para guardarla agradecida y halagada.

—¡Adelante!

Han llamado suavemente a la puerta de su gabinete y, luego de ser autorizada por Clarita, que acaba de colgar su cuadro, se presenta la «seráficas» doña Jesusa, para anunciar:

—Un señor la espera. Dice que ha hablado con usted en el Museo.

—¿Eh?

—Parece de «extranjis». Ahora, si no es grata la visita...

—Voy para allá.

Clara, entre molesta e interesada, acude a recibir al visitante, que, previamente, al verlo apuesto y bien vestido—sobre todo eso último—, lo había pasado la patrona a la salita de la casa. El visitante no era otro que Farinelli, el italiano terco y caprichoso. Clarita, como hemos visto, se apresuró a escucharle de nuevo, y él, apenas vió asomar a la pintora, única cosa—según él—que le importaba en aquel momento, se deshizo en reverencias de un fino tono de cortesía. La muchacha, por

su parte, educada y bondadosa, se mostró afable.

—Señorita, la dije que vendría a verla...

—Y yo le dije que sería inútil.

—Pero...

—Mi decisión es inquebrantable.

—¿Trabaja usted por amor al arte?

—No, señor. Trabajo para ganarme el pan.

—¿Entonces?

—Pero el cuadro que a usted le gusta no tiene precio.

—¿Ni aún pagándolo decorosamente?

—No tiene precio.

—Veamos. Dos mil pesetas.

—No.

—Tres mil pesetas... Cuatro, cinco, seis... ¡Diez mil pesetas!

—No, señor, no.

—Medítelo.

—No es preciso. En fin..., para que vea lo inútil de su empeño voy a declararle una resolución íntima: «La Niña» de Murillo, o sea mi copia, que es la que usted quiere adquirir, será el regalo que yo le haga al hombre que yo ame...

—¡Oh!...

Y sin decir más, tan gentil y reverencioso como al principio, se despidió el garrido Farinelli, no sin an-

tes dedicar una sonrisa maliciosa, pícaramente maliciosa, que dejó preocupada a la muchacha. «¿Qué busca, en realidad, este señor?...» Femenina en extremo, desconfió del italiano. Parecía buena persona, educado, galante, hasta sincero en lo que decía; pero... ¿no eran galantes y educados los timadores más famosos?... Reaccionó pronto y desechó la idea, por disparatada. Su cuadro no merecía un robo. Y sospechó del padre... «Su padre, sin duda alguna, pretendía protegerla sin que se diese cuenta ella del amañío y recurría a un desconocido...» También, después de reflexionar, rechazó la sospecha. No lo creía sensato...

Lo cierto es que Clara, sin aceptar, resueltamente, ninguna de sus suposiciones, quedó intrigada con Farinelli. Como persona, nada; ni frío ni calor. Ahora, le preocupaba como enviado, como portador o mediador de alguna cosa intencionada. El no quería comprar por cuenta propia, y si lo hacía por propia voluntad..., lo hacía con su por qué. La copia de Clarita, si pensamos como ésta, ni admitiendo el capricho de un hombre terco y rico, valía la cantidad que Farinelli llegó a ofrecer. Farinelli, decididamente, escondía algún secreto.

ANTONIO FRENTE A SU AMIGO...

LA pensión en que paraba Antonio no era propia de un empleadillo de mala muerte; al contrario, era la que convenía a un joven adinerado. Y Antonio tenía en ella alcoba y sala, todo confortablemente dispuesto. La sala, amplia y suntuosa, contaba con ancho balcón, desde el que podía admirarse casi todo Madrid de modo espléndido. Y junto a él, al parecer gozando de la noche, que se ofrecía encantada con la serenidad de su hermosura, fumaba Antonio sin pronunciar palabra. Y frente a Antonio, sentado y silencioso como éste, su amigo Farinelli.

—Entonces... —dijo, por fin, Antonio, denotando pesar—. ¿hemos fracasado?

—Sí. Rotundamente.

—¿La llegaste a ofrecer?...

—El oro y el moro. Pero todo fue en vano, carísimo. No suelta la copia.

Y como viese que el muchacho amigo se entristecía, agregó, animado, con el propósito de alentarle:

—¿Y te entristeces como si te fuera en ello la vida? ¡ja, ja, ja! Has de explicarme el misterio de tu tenacidad. Tus visitas al Museo del Prado; su por qué; el anhelo de adquirir a cualquier precio...

—¡Ay, sí! En la angustiosa soledad en que vivo en Madrid, con falso nombre, con fingido estado social, eres mi único confidente... Yo he vivido sin patria. Veinticinco años en París me llevaron día tras día a

desconocerla, a no necesitarla. España no era para mí más que un nombre.

—¡Terrible pecado!

—¡Terrible! La persecución de que soy víctima me enseñó que en Madrid, donde vine al mundo, sería más desconocido que en otro lugar de la tierra. ¡Qué triste es esto!

—Así es la verdad.

—Un día, al acaso, me llevaron mis pies al Museo del Prado...

—Y allí sentiste fervor por tu patria.

—Como en ninguna parte. Allí, entre prodigios y maravillas, medí su grandeza, me arrebató su gloria, sentí el santo orgullo de mi raza...

La exaltación más noble y más hermosa habíase apoderado de su espíritu. Hablaba Antonio como poseído de un amor hondo, pasional y viril, divino en su fundamento. Entre sus frases cálidas, como tocado por un poder fantástico de captación, parecía presentir, más que evocar, los cuadros españoles más famosos: «El caballero de la mano en el pecho», de Greco; «Las lanzas», de Velázquez; «Las hilanderas»; lienzos maravillosos de Montañés y Zurbarán, y el prodigio de Goya, denominado: «Fusilamientos».

—Los hidalgos del Greco—continuó diciendo, emocionadísimo—, me hablaron del honor castellano, por el que juraban, una mano sobre el pecho y la otra en los gavilanes de la espada. En aquellas lanzas movilizadas de Velázquez aprecié la pujanza y el brio de nuestros ejércitos, cuando no se ponía el sol en los dominios españoles. «Las Hilanderas» me hablaban de la Fábrica de Tapices, de la expansión y poderío de nuestras artes y nuestras industrias. Martínez Montañés, me evocaba Cristos y Dolorosas de la imaginaria española, en el mundo no superadas. Los monjes de Zurbarán atrajeron a mi incultura nombres de teólogos, de humanistas y místicos. Goya, la vitalidad y violencia de nuestra sangre. Aquel desarapado, que en los fusilamientos de la Moncloa, delante de las bayonetas de los franceses, grita, maldice, ruga y muere con un ¡Viva España! en la boca y los brazos en cruz me daba escalofríos de un orgullo nuevo.

—¿Y Murillo?—preguntó intencionadamente Farinelli.

—Murillo me recordaba nuestra fe, la de nuestras madres...

—¿Nada más?—recalcó el italiano en su malicia.

—Además..., copiando una de sus Concepciones conocí a una mujer divina y, ¡cosa rara en mí, la

—¡Oh!—exclamó triunfante Farinelli—ahí está la mamá del borracho. Estás enamorado de la copista de Murillo.

—Con toda mi alma—confesó Antonio profundamente conmovido—Quizá la desolación de mi espíritu, la sed de otra vida mejor, me señalaron el camino...

—Bien, bien—Interrumpió contento el italiano, a la par que se levantaba—. Dame un abrazo, Antonio Gutiérrez, porque la copia de «La Niña» será tuya! Clara Laurel, su gentilísima autora, la destina al hombre que la quiera.

—Al hombre...—murmuró Antonio transido de dolor.

—¿Cómo? ¿Pero también te aflige esto?

—Sí, Luis, y mucho. ¿Cómo voy a hablarla del amor que me inspira,

¡tan distinto de los que hasta ahora sentí!, a esa muchacha encantadora?

—¿Por qué no?

Y Antonio tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder decir:

—¡Un fugitivo, un condenado!...

Ambos amigos enmudecieron: Antonio, sintiéndose irremisiblemente perdido para la felicidad, deseándose la muerte, y Farinelli, sin acertar a responder, preso de una emoción de angustia...

Al mismo tiempo, temblorosa de miedo porque temía sin comprender, Clara, recluida en su alcoba de santa enamorada, escribía en su diario:

«¿Qué misterio encierra la vida de este hombre? Cuantas veces asoma la llama que yo espero en sus ojos, veo que muere sus labios y ahoga sus palabras.»

PROPOSICION ACEPTADA

CLARA y Antonio se han citado por la tarde, sin otra determinación que la de charlar y pasear, como cumplía a la amistad... leal que se profesaban, y, al cabo de un rato de paseo, delicioso para los dos, porque para esto les bastaba con ir juntos, decidieron sentarse en la terraza de un salón de té, sitio donde, en vez de curiosear, cosa que les tenía sin cuidado, hablaron por los codos. Y entre tema que agotaban y tema que cogían, cayeron, por fin, en el de la afición de Clara por el pintor celeste...

—La admiración por Murillo— declaró la muchacha—la heredó de mi madre; mi madre era capaz de emprender un viaje penoso o largo por contemplar un lienzo de su pin-

tor predilecto. ¡Cuántas veces me dijo, que para conocerlo bien era preciso visitar Sevilla!

—Sí, eso he oído a muchos buenos aficionados.

Se miraron calladamente, como haciéndose los dos con la mirada la misma pregunta, y al fin interrogó Clarita:

—¿Tú conoces Sevilla?

—No.

—Yo voy a ir muy pronto... ¿Por qué no me acompañas?

—No puedo; calcula..., la oficina...

—¡Bah! Me has dicho varias veces que el jefe tuyo es un bendito.

—Y lo es; pero..., además, Clarita...

Vaciló Antonio, sencillamente

turbado, y ella, creyendo comprender, volvió a preguntar:

—¿No tienes dinero?

—No.

—¡Toma!, ni yo tampoco.

Rieron los dos graciosamente. La nobleza del trato los hacía dichosos.

—Pero — tornó a decir Clarita, con un gesto arrogante de triunfadora — voy a vender una copia del *Españolete*, y con lo que me den, ¡a Sevilla los dos!

—No...

—Sí. Yo te invito.

—No me es posible, Clara.

—Un viaje de artistas pobres, de ilusión, de arte... ¿Vendrás?

—No...

Lo había dicho muy pronto... Clara, en aquel instante, quizá el más intensamente bello de su vida, lo miró como jamás lo había mirado, poniendo el corazón sobre el brillante azul de sus pupilas, codiciosas de amor, y rectificó el muchacho, más con el temblor reverencioso de su ser que con los labios:

—Sí..., iré contigo.

Las manos de ambos, estremecidas de una ansiedad sagrada, se encontraron por vez primera instintivamente para decirse que se querían.

Don Sabino se encuentra en la nave de máquinas de su Fábrica, donde se trabaja normalmente, cuando le pasan una carta, en cuyo sobre destaca, escrita con pésima ortografía, la palabra «*urjentísimo*», es decir, *urgentísimo*. El padre de Clara, por corazonada, se inquieta al recibirla y se apresura a conocerla. No era la primera que le enviaba el mismo remitente, pues Balbuena, el pintiparado marido de doña Jesús, por propia voluntad o instigado por su mujer, se había dirigido ya diferentes veces a don Sabino, con otras tantas peticiones de favores, y el buen señor, luego de reír con la singularísima redacción de Balbuena, cómica hasta en sus menores detalles, había contestado siempre a tono con los ruegos. Bien podía ser esta otra carta análoga a las anteriores, o, por lo menos pensarlo, para no recibirla con extrañeza. Y no fué así.

El corazón, indefectiblemente, penetra a veces hasta el fondo del misterio más insospechado y se anuncia a sí mismo cosas inesperadas que luego le suceden. El de don Sabino, en aquel momento, presintió que la carta recién llegada a sus manos le transmitía alguna infausta nueva, y acertó. Probable o segu-

ramente, la cosa carecía de importancia, pero, dada la noticia como la daban, a don Sabino le soliviantó, haciéndole creer mil disparates.

Balbuena le comunicaba, a su manera, echando por delante que lamentaba el caso, no sólo por el suceso en sí, sino por lo que suponía de fracaso en sus dotes de vigilante perspicaz, que la simpatísimas señorita Clara había salido de viaje. Sin embargo, esto no era grave para Balbuena, el cual se extendía en consideraciones pintorescas sobre lo ventajoso de viajar, «sobre todo —añadía— si se viajaba por capricho y con dinero». Lo grave, según él, lo verdaderamente grave, es que la señorita, sin gir a nadie, había salido de casa, sin otra compañía que un maletín y sin decir adónde iba. Balbuena deducía, por consiguiente, que su hospedada se ausentaba de Madrid, ignorando si sería para mucho tiempo. El creía, desde luego, sin basarse en nada, que la señorita regresaría pronto, exponiéndole esta apreciación particular a don Sabino, para que éste no

se desconsolase más de lo justo. «Pasensia y umola», terminaba escribiendo. Después, en una posdata, prometía vigilar mejor en lo sucesivo. Además, como él era «conrado» hacía constar que la señorita Clara estaba al corriente respecto al pago de su hospedaje.

Don Sabino, en realidad, no paró mientes en los términos disparatados de la misiva; sólo le interesó, inquietándole vivamente, la noticia concreta de que su hija había salido de Madrid sin proferir palabra. No sospechaba, sin embargo—tal fe tenía en Clarita—, que fuese a realizar una locura imperdonable; pero, ante el temor de que pudiese sucederle algo inconveniente o doloroso, comenzó a reprocharse su conducta. El, indudablemente—pensó un momento—, no se producía, respecto a ella, con la debida rectitud. Y resolvió obrar de otro modo, primero para recobrar en su totalidad el cariño de su hija, que lo necesitaba cada día más, y segundo para librarla de una vez de acechanzas y lances peligrosos.

CAMINO DE SEVILLA

A los pocos días de haber aceptado Antonio la invitación de Clara, la pareja feliz, encantada y encantadora, tomaba un tren de Andalucía. El viaje, según deseo de ambos, lo hacían con luz diurna, para ir sorprendiendo y admirando los accidentes del paisaje, que se lo imaginaban maravilloso. Los dos desconocían la ruta.

En el departamento que viajaban iba gente de humor, dicharachera y expansiva, cordial y alegre, sobresaliendo de entre todos un licenciado del Ejército, un soldado andaluz, vivo de genio, que amenizaba la reunión con agudezas de buen gusto. Clara y Antonio, espontáneamente mimados por los demás, que descubrieron en la pareja un porvenir de

amor digno de amparo, sintiéronse gozosos desde el primer momento, tomando el hecho como si fuese un buen augurio, una dulce promesa de que el viaje había de ser inmejorable.

Sin embargo, no se realizaba puntualmente el plan que habían trazado, a pesar de haber escogido los asientos de la ventanilla, extremo en el que pusieron gran empeño sin otro fin que el de ir disfrutando de las bellezas del camino. Los atraía más que nada, porque forzosamente habían de intervenir en ella, la festividad donosa y sugestiva de la tertulia improvisada, en la que, animada de veras, principalmente por la inagotable imaginación del soldado, hubo hasta el buen obsequio de unos tanguillos bien cantados,



El acusado, joven de veintitantos años, es de una gallardía atrayente.



Con un capote y un gorro militar, rápidamente se dispuso para la huida.



En la Sala de Murillo, del Museo del Prado; el Profesor explica sin petulantía, a sus alumnos, las bellezas del artista.



Clarita cambió la suntuosidad de su casa por la sencillez de una pensión.



—¿Le gusta?

—Mucho, parece la original y no una copia.

El visitante no era otro que Farinelli, que quería comprar «La Niña».



En el departamento que viajaban iba gente de humor, dicharacheros y expansiva.



Los envolvía Sevilla, en su embriaguez, y la disfrutaban plenamente.



Ambas mujeres obediencia, dándose un fuerte abrazo de conciliación.



Como por arte de encantamiento, vióse avanzar hacia María de Magdala.



— Qué tal ese viaje, «Antonio Gutiérrez»?

— ¡Pobre «Antonio Gutiérrez» — lamenta el interesado sin cambiar de actitud.



— Entró rápido «Antonio Gutiérrez» preguntando:

— ¿La señorita clara?

— Ya no está aquí señorito — interviene Balbuena.



El muchacho sintió una impresión extraña que le detuvo. ¿Un rumor? ¿Un perfume?... Clara aumentó su silencio.



Ataviada ricamente a la andaluza, con su escultural y seductora figura, la artista causó profunda impresión.



Clara y Juan Ernesto, recién abrazados, están satisfechos y felices, ante el asombro de sus padres.



- Jesús - dijo Juan Ernesto, ante el «Cristo» de Velázquez - la más pura doctrina de idealismo a que pueden llegar los hombres.

sal y salero de la gracia de Cádiz, que ejecutaba el licenciado con primor de fanático.

Entre tanto, sin que Clara y Antonio lo advirtiesen, el tren corría, corría, a voces con fatiga, lenta y pesadamente, y otras como si en vez de ruedas llevase alas de águila; aunque dejando atrás kilómetros de campo, leguas de tierra llana o trechos de vergel y de arboleda, todo cortado o bordeado de cuando en cuando por la corriente blanda de algún río. Clara y Antonio, gratamente embabidos en la alegría de su tertulia, pero contrariando impensadamente sus propósitos, no contemplaban nada del exterior, dejando de admirar la cuenca del Jarama, llena de perspectivas seductoras; las delicias del Versalles español, o sean los jardines de Aranjuez, galantemente bellos con temas fabulosos de evocaciones picaras o apasionantes; el hecho de la Mancha, interminable, mucho más largo que la mirada, con su bordado de viñedos, y otras riquezas; muchas, obras del hombre o de capricho natural, que iban pasando por el cristal del tren como en cinta fantástica.

Por fortuna para ellos, que sabían solazarse con las grandezas de la vida, oyeron voces que anunciaban: «¡Despeñaperros! ¡Despeñaperros!»,

y apresuráronse a asomarse a la ventanilla. La máquina tremenda, monstuosa por su vigor, con su jadeo vital y firme de titán incansable, parecía que avanzaba como horadando una montaña, dividiéndola en dos para ir abriendo paso entre la piedra, que alta, muy alta, con remates de picos que hacían temblar, quedaba cercenada por cuchillos. Hacia la cumbre, en serpentina, con sus cantiles blancos y su alfombra terrosa, la carretera parecía abandonada y silenciosa, un camino de juego; el verdadero, el fuerte, el que mostraba a cada paso una emoción indescriptible — tajos oblicuos de navaja, cortes de rayo espeluznantes, torrenteras feroces, muelas salientes de cerros con mandíbula, todo tocado de aplicaciones verdes, con revoltijos caprichosos de matas libres —, lo iba dejando el tren bajo el crujir salvaje de sus ruedas.

Clara y Antonio, absortos, sobrecogidos, maravillados de todo aquello, se preguntaban mutuamente con la mirada: «¿Hay algo más hermoso?» Y acercándose mucho, mucho — locos por la impresión de tanto bien —, se respondían de igual manera: «¡Nuestro cariño!»

Se olvidaron de todo, de lo anterior, de su entretenimiento bullicioso, para quedar como clavados junto a la ventanilla. Pero seguían sin

ver... Iban en su interior ilusionado, rico en dones del alma que los hacía felices. Los olivares, las alamedas, el trigal extensísimo, los ríos mayores, el toro bravo en su reposo, la algarabía chillona de las paradas, cuanto se sucedía en el trayecto no existía... Iban queriéndose los mozos sólo con sonreírse.

Una voz entusiasta, que gritó cerca de ellos: «¡La Giralda!», les hizo despertar, para que ambos dijiesen temblorosos, como si ya llegasen al paraíso ambicionado: «¡La Giralda!»...

...

Se creían dioses. ¿Quién no, en horas alegres, ebrios de un optimismo alucinador, no piensa como ellos? Sin el menor pesar, entregados de lleno a lo que vivían, juntos y enamorados, habían subido a la Giralda—la torre mora de mil leyendas—, y desde una de sus bellísimas ventanas, que ellos creían balcón del cielo, veían a la ciudad, cuajo de panoramas de maravilla, como animal de fábula que se tendía sumiso y zalamero ante sus pies. Eran, sencillamente, dioses.

Los envolvía Sevilla en su embrujamiento. La disfrutaban plenamente. Cada lugar y cada flor tenía algo que ofrecerles. Bullían con avaricia,

con gratitud por todo, porque en todo gozaban. El Parque de María Luisa, filigrana amorosa; el Alcázar, dentro y por fuera como un cuento feliz; las ruinas de Itálica, fuente de historia inmarcesible; el Museo impresionante; las callejuelas prodigiosas de la ciudad más viva—divino Santa Cruz—, todo tenía y en todo había dichas gloriosas para ellos, que le decían a Dios en todo instante: «¡Gracias por estas horas!»

Hacia el atardecer del día que habían subido a la Giralda, absorbían, más que admiraban, las sorpresas brillantes del barrio brujo—divino Santa Cruz—, y se acercaron a contemplar la casa en que vivió el pintor Murillo, frente a la cual habló el muchacho:

—Aquí murió tu pintor amado. ¡Pobremente vivía!

—Y aquí reposan sus restos inmortales.

En silencio, como homenaje a la memoria de un ser imperecedero, se alejaron del sitio, cruzando callejones, rincones y salientes que—anochecido ya—inspiraban poemas, y en ocasión que se arrimaban a un farol, se proyectó sobre los jóvenes una sombra de hombre, impresionante y larga. Sin explicarse la razón, sobresaltóse Antonio bruscamente. Giró para mirar; vió, con

terror, al hombre que pasaba—el mismo que, luego de fijarse atentamente en el muchacho, se fué alejando—, y Antonio quedó de piedra, sin voz ni aliento. ¡Aquello era terrible!... Clara soliviantóse y preguntó:

—¿Qué tienes?

—¡Ay, Clara! —respondió, por fin, atribulado—. Ven, vamos lejos de aquí. Ahora te contaré.

Huyeron de Santa Cruz, sin que Clarita, animada y valiente, dispuesta a todo porque su acompañante reaccionase, lograra hacerle hablar. Antonio huía. Le asustaban las calles, veía en cada ser un enemigo... Poco después, en lugar solitario, junto a un estanque del parque, en cuyo espejo hacía dengues la luna, como burlándose de todo, habló Florín...

—Aquí, conmigo, solos ante Dios, abraza a un hombre desventurado.

—¡Antonio! ¿Qué te ocurre?... Confiésate conmigo.

—¡Sí!... Yo arrastraba en París una vida de desenfreno y vicio. Entre las muchas mujeres que conocí, una se apoderó de todo mi ser. Estaba casada con un anciano general. No obstante, nosotros, enloquecidos por nuestra pasión insensata, no nos recatábamos... Un día apareció asesinado el general en un suburbio de

París... y todo el mundo me acusó como autor o instigador del crimen...

Oía Clara con estremecimientos de pavor, y Antonio, creyéndose obligado, lo contó todo; el revuelo que produjo en París el asesinato; la acusación de todos contra él, mantenida inflexiblemente por el fiscal de la Justicia, porque el muchacho, que no había pervertido lo innato de su hombría caballerosa, prefirió la acusación antes que hablar en público de sus relaciones ilícitas con la señora de la víctima; luego, la condena inapelable, a pesar de sus protestas de inocencia con respecto al crimen, del cual no supo nunca nada hasta que se realizó y del cual, antes y ahora, ignoraba el móvil; después, la cárcel, su prisión angustiosa, que hubiese acabado pronto con su vida de no haber acudido alguien —quien fuese— a depararle lo preciso para que se fugase; su decisión de huir; lo que sufrió en su fuga, temeroso de que le fracasara lo que deseaba tanto; la enorme alegría que experimentó al hacerle el pasaporte; pero también su inmediata tribulación al ocurrir sobre que había de entrar en su país natal, en el caso de que su escapada se completase, con personalidad supuesta, para ocultar su condición de presidiario, y, por último, el júbilo supremo, aunque mo-

mentáneo, de tomar el tren de España sin la menor contrariedad.

Clarita, que había ido apasionándose con el relato, profundamente conmovida, preguntó:

—¿Te salvó ella?

—Sospecho que sí; pero no lo sé ciertamente.

—¿Seguro?

—¿Por qué lo juzgas tan seguro?

—Porque yo también te hubiera salvado.

—Clara, santa luz de mi vida, pase lo que pase esta noche, yo la bendigo ya. Creí que en mi nueva vida en España pasaría inadvertido para todo el mundo. Pero esta noche...

—¿Esta noche?... ¿Qué temes? ¿Por qué tiembles?

—He comprendido que me persiguen.

—¡Bah!—repuso la muchacha a la par que le estrechaba las manos con ardimiento—. No te pregunto si eres inocente, porque leo la verdad en tus ojos... No temas nada. ¡Yo te salvo!

—¡Clara!

—Yo te salvo... Serás obrero en una fábrica... Déjate conducir de mi mano.

—De tu mano bendita.

Dios los fundió abrazándolos... Pasaron más, dispuesta Clara a reanimar a Antonio con las razones poderosas de su ternura, claro reflejo de un amor hondo, y al separarse para descansar, la muchacha lo hizo creída en que, por fin, había logrado su propósito. Ya no podía ver triste a su adorado.

SEPARACIÓN

AL día siguiente, por la mañana, Clarita, animada de los mejores deseos, pero notoriamente inquieta, bule, en la habitación sencilla de su hotel, arreglando su maletín. La estancia en que está es de planta baja y tiene al fondo una vetana con reja, cuyas compuertas aparecen cerradas. La ventana, para Clarita, reúne el encanto fascinador que le atribuyen los andalucés: ella, como éstos, durante varios días, ha oído entre los hierros de su reja, labrados para el requiebro, el saludo amoroso de su galán. Sin embargo, por un secreto impulso del corazón, temía abrirla la mañana indicada, cosa que, al fin, se vió obligada a hacer, porque Antonio, desde el exterior, llamó con unos golpes de nudillos.

—Buenos días, hombre. Aguarda un poco, que en seguida estoy.

—No...

—¿Qué dices?... ¿Cómo vienes, Antonio? ¿Sigues entristecido?

—He pasado una noche febril, rodando por las calles. No puedo dominarme... Además, a estas horas sé de cierto que me persiguen.

—Mejor para que me obedezcas. Ahora escaparemos.

—No, Clara.

—¿Que no?

—Sería un nuevo crimen hacerte cómplice de mi aventura trágica.

—¿Por qué? No ignoro nada, y yo quiero salvarte.

—Bendita seas... Pero no insistas, te lo ruego por ti. Vuelvo a decirte que sería un doble crimen pretender ligar tu vida inocente a la mía, ya rota y manchada. Tú mere-

ces una felicidad que yo no puedo darte.

—Es que sin ti, yo no quiero ninguna.

—La tendrás...—E intimamente desesperado, agregó: —Olvidame.

—¡No, nunca!—Y como el joven hiciese ademán de retirarse, gritó ella con el alma: —¡Espera!... Te lo suplico, Antonio.

—No es ése mi nombre.

—¡Aguarda!

Antonio, que, en realidad, no acertaba a retirarse de la reja, como quería, por honradez de espíritu, hizo un nuevo esfuerzo para hablar:

—Atiéndeme, Clarita,...

—¡No!

—Si algún día—continuó el muchacho, pretendiendo darle a su voz acento de presagio—resplandece mi inocencia, yo sabré buscarte y encontrarte.

—Oyeme, Antonio.

—Adiós.

—Aguarda, aguarda... ¡Voy contigo!

—¡No!... Hartas sombras abruman mi conciencia.

Resueltamente huyó... Clara, por vez primera en su vida, llora un dolor inigualable. Y Antonio, a poco, sintiéndose caído para siempre, cruza unas callejuelas de Santa Cruz como podía cruzarlas un muerto de pesadilla.

—¡Señorita Clara! ¡Qué sorpresa y qué alegría!

Habla Jesusa, con cara de asombro al abrir la puerta de su pensión y encontrarse con la recién llegada. Diciéndoselo todo ella, porque la señorita, alicaída y taciturna, se presenta y pasa sin el menor deseo de hablar, alborota alegremente su vivienda, hasta el extremo de que acuden, presurosos, contentos y parlanchines, el inocente de Balbuena, su hija y el chuchó, éste bailando el rabo en señal de júbilo.

Balbuena, ya que no lo hizo «cuando debió», ahora, extremando su fineza, trata de sonsacarle a Clara cuanto él estima conveniente—dicha sea la verdad—y la mandona de su mujer, la tonta de su niña y hasta el chisgarabí del perro: el motivo de su ausencia, la razón de su silencio al irse, el lugar donde había estado y, sobre todo, la causa de que volviese a casa hecha una lástima, a juzgar por lo doloroso de su aspecto.

Como suele decirse, Clarita los oía como quien oye llover, y no precisamente porque le interesara o dejara de interesarle hacerlo así, sino porque volvía sin vida...; oído, pensamiento, el alma entera la traía hundida y reconcentrada en su do-

lor. Ya no sabía de Antonio. Como le dijo en la ventana, junto a la reja hecha para palabras más hermosas, se había apartado de ella para siempre. «¡Para siempre!» Clara lo suponía así y creía morir. No podía oír a nadie; volvía oyéndose a sí misma, sólo la voz de angustia de su pena, muda para morder con sufrimientos desesperantes.

Sin despegar los labios, entró en su alcoba; miró, remiró todo, como un autómatas inanimado, y, repentinamente, igual que si acabase de recibir un mazazo más fuerte, golpe que, en vez de amilanarla aún más, la intrigó y la indignó, preguntó a los patronos, porque advirtió que había desaparecido «La Niña» de su sitio:

—¿Y mi copia?

—¿Qué copia, señorita? —respondieron a una los interpelados, con temor manifiesto.

—La de Muriilo, que estaba aquí.

—¿Esta? —preguntó a su vez Balbuena, señalando a otra.

—No. Esa es la «Magdalena penitente», de Ribera. Pregunto por la Concepción, por «La Niña».

—¡Ah, sí, ya sé! —volvió a intervenir el hombre, ésta vez creyendo con alborozo que resolvía lo embarazoso de la situación—. Se la llevó aquel señor extranjero...

—¿Cuál? ¿Qué diablos dice usted, Balbuena?

—Señorita, aquel que vino a visitarla... ¿No recuerda usted? En su ausencia trajo una carta suya.

—¿Mía? ¡No!

—Suya, señorita, suya —decía esta vez rebuscándose los bolsillos—. Aquel está.

Clara, luego de verla entre sus manos, repuso, endemoniada:

—¡Oh!, esta carta no es mía. ¿No conocen mi letra? ¡Son ustedes tontos! ¡Han sorprendido su buena fe!

—Pero..., pero...

Balbuena, como el resto de su familia, no sabía ya qué decir. Doña Jesusa, más decidida, murmuró a poco:

—¿Quién iba a pensar?

Y Clara, atribulada, dijo de nuevo:

—Esto más... Esto más... ¡Yo denunciaré! Yo meteré en la cárcel... Pero, ¡déjenme ahora!

Se sentó en su cama, y los patronos, asustados, la dejaron sola. Lloró desconsoladamente; después, medita y queda traspuesta, reclinada sobre un almohadón.

Vencida por el atosigamiento cruel de su pesadumbre, pero con el alma en tensión, resistiéndose

hondamente a perder lo que tanto amaba, sueña en su lecho. Como por arte de encantamiento, creyendo realidad lo que era alucinación, sólo un dulce delirio de fantasía, vióse avanzar hacia María de Magdala, cuya copia tenía frente a ella sus ojos suplicantes, para decirle en éxtasis:

—¡María de Magdala!...

La Magdalena, tomando vida, le responde:

—A tu lado estoy; amé mucho y fui perdonada por el Maestro... Tú eres pura como los lirios de los valles, y Jesús enjugará tus lágrimas...

El cuadro vuelve a su primitivo estado, y Clara continúa extasiada. Casi inmediatamente, otro cuadro famoso — la «Santa Casilda», de Zurbarán — adquiere animación, envuelta, como la Magdalena, con una nebulosa que la idealiza. «Santa Casilda», viva, estilizada su figura y vestida angelicalmente con un traje vaporoso de gasas, se acerca a Clara, cuya voz dice, emocionada por gratitud:

—¿Tú?

—¿Me conoces?

—Sí... ¡Te he admirado tanto en la pintura de Zurbarán!... Eres aquella princesita, hija de un rey moro que abjuró de su religión y abrazó el cristianismo.

—Justo; soy Casilda.

—La que, por milagro de Dios, convirtió en frescas rosas los panes que llevaban, al amanecer y secretamente, los cautivos de su padre.

—La misma. Sé que sufres por un amor terreno, y te busco para decirte que no hay otro amor que aquél, que a mí me abrazó el alma.

Santa Casilda y Clara, esta con hábitos monjiles, conducida amorosamente por aquélla, cruzan un campo de poesía, y al paso de la santa brotan del suelo multitud de rosas.

—¿Ves? Iguales que las rosas que brotan a mis plantas son las que manaron de los panes de los cautivos.

La dulce soñadora, superando su éxtasis, sonríe gozosamente ante la desaparición de «Santa Casilda» y, en puesto de ésta, ve avanzar ahora, con vida propia y serena, a «La Dama del Armíño», del Greco, a la cual le pregunta:

—¿Vienes desde Inglaterra?

—Sí, por verte, por hablarte.

—¡«La Dama del Armíño»!

—Tal es mi sobrenombre, porque la humanidad ignora el mío propio.

—¿Eres hija de Domenico Keotocópuli, del exaltado y atormentado Greco?

—De su sangre... no sé... De

sus pinceles, sí. El misterio es mi sombra y mi vida; duerme en mi frente. Pero mis ojos tristes y apasionados a la vez hablan del amor. Ama, Clara Laurel, ama. A Dios, a un hombre, a un arte, a la vida... ¡Ama! Que no existe otro refugio ni otro consuelo.

—¡Amo, sí! ¡Amo!

Se desvanece la egregia «dama del armiño», dejando a Clara en su estado anterior, y «La Niña», la dulcísima imagen—amor de los amores de la muchacha—, reincorporada al «mundo» por obra y gracia de un ensueño celeste, le habla a Clarita:

—¿Por qué te afliges?... ¿No te he dicho que había de ser tu compañero?

Sigue un silencio delicioso en la imaginación traspuesta de la enamorada y, a poco, se estremece, hasta despertar, para encontrar junto a ella, que la contemplan conmovidos: dos figuras reales: una señora

distinguida, joven, simpática, elegantemente ataviada, y don Sabino.

—¡Padre!

—¡Hija! Aquí estoy —continuó diciendo don Sabino, a la par que estrechaba a Clarita entre sus brazos—, aquí estamos... Abraza también a la que ya es tu madre.

Ambas mujeres obedecieron, dándose un fuerte abrazo de conciliación, tras del cual, lealmente emocionada, habló la de más edad:

—No tengas prevención contra mí... Te quiero mucho; he de quererte más todavía.

—Y por lo pronto—agregó el padre—se acabaron ya tus locuras y desatinos.

—Vivirás con nosotros—volvió a decir la madrastra—. Ahora has de acompañarnos en un viaje de recreo y expansión por tierras españolas.

—Llévenme adonde quieran —respondió, abatidísima, Clarita—. Estoy sin alma.

JUAN ERNESTO FLORIN

TAMBIÉN Antonio Gutiérrez reaparece en su pensión, sin fuerzas para indignarse, menos aún para rebelarse contra su desventura. Considerándose el ser más desdichado de la tierra, se arrimaba en un sillón, como si fuese un trasto inútil, y, dejando caer la cabeza sobre las manos, dice entre dientes:

—No puedo más... Se me va el alma.

Diríase que sufría con él cuanto le rodeaba, que participaba de su desolación hasta el silencio penoso del gabinete...

Sin previo anuncio, se abre la puerta de la habitación y entra en ésta, radiante como nunca, el amigo Farinelli, que trae consigo un bulto.

—¿Qué tal ese viaje, Antonio Gutiérrez?

—¡Pobre Antonio Gutiérrez! —lamenta el interesado sin cambiar de actitud.

—Carísimo—replica el italiano, optimista en extremo, al mismo tiempo que desenvolvía el bulto que había traído—, no puedo dar crédito a tus palabras. «¡Pobre Antonio Gutiérrez!» ¿Por qué? A tus años no es pobre nadie, ni de bolsillo ni de espíritu. ¿Qué te ha pasado? ¿Un contratiempo de turista? Mejor. Ya tienes algo que contar, algo con que darle emoción diversa a lo mucho bueno que habrás vivido, acompañado, como ibas, de una criatura celestial. No seas avaricioso. Además, prepara el ánimo porque te traigo una sorpresa extraor-

dinaria. ¡Mira, Antonio Gutiérrez, mira! —grita exaltado, convencido de que iba a proporcionarle al amigo, entregándole a éste lo que traía cuidadosamente envuelto, una alegría sin límite—. ¡Mira, Antonio Gutiérrez, mira! —y mostraba en sus manos la copia de «La Niña» realizada por Clara.

—¿Esto qué significa? —pregunta Antonio, primero con incertidumbre y después con arrobamiento.

—Significa, carísimo, que yo, por mis amigos, llego a timador, si es necesario.

—Gracias; pero...

—¿Qué «pero» descorazonador es ése? ¿Así aprecias mi acción?

—Perdona.

—¿Qué te sucede de nuevo?

Antonio, con acento que denota la intensidad de su desgracia, explica a Farinelli lo que le ocurre, afirmándole «que ha dejado de existir». Ha perdido el amor de la única mujer que ha amado de verdad y opina «que le sobra todo». De aquí que ni la copia de «La Niña», tan deseada, tan querida por él, le produjese emoción alguna.

—¡Mi vida no tiene objeto!

—La exageración es el primer pecado, porque...

Interrumpe una criada de la pensión, para comunicarle a Antonio:

—Pregunta por usted un caballero.

—Dígale que pase.

Antonio y Farinelli, en voz baja, comentan con extrañeza la visita. A excepción del italiano, nadie sabía en Madrid que Gutiérrez había regresado de su viaje. ¿Quién diablos podía buscarlo?

Ya lo tenía en la puerta preguntando:

—¿Antonio Gutiérrez?

El aludido, repentinamente livido, se puso de pie. Y el visitante, que no era otro, como se había supuesto, que el hombre misterioso, el impresionante perseguidor de Antonio, dando unos pasos hacia el interior, volvió a preguntar:

—¿Es usted Antonio Gutiérrez?

—Yo mismo.

Siguió un corto silencio embarazoso, inexplicable para Farinelli, como lo que estaba viendo y oyendo desde hacía un rato. Y el hombre misterioso habló de nuevo; pero sin descubrir, verdaderamente, la intención de su cometido.

—¿Y por qué, Antonio Gutiérrez, usa usted un nombre tan vulgar pudiendo ostentar otro bien sonoro y bien noble? Juan Ernesto Fiorin.

—Perfectamente —replicó Antonio—, si sabe quién soy, si me busca, aquí me tiene; no lucho más.

No fui el autor del asesinato que se me imputa: lo dije siempre, y ahora insisto, en honor a la verdad. Pero me entrego nuevamente. La libertad, viviéndola como yo la estoy viviendo, que es un perenne sufrimiento, no vale...

—Si usted—atajó el visitante—no hubiese huido cuando me lo encontré en Sevilla, habríase ahorrado unos días de angustiosa desesperación. El verdadero asesino del general Michardin, convicto y confeso, ha muerto, hace poco, en un hospital de Bayona. El móvil del crimen—extremo rigurosamente comprobado—no fué otro que el de robarle a la víctima unos documentos comprometedores.

Antonio, que ha ido subrayando las palabras precedentes con gestos indescritibles, hasta el punto de haber tenido que hacer un formidable esfuerzo para no dar un grito de júbilo, dice por fin:

—Pero, ¿es verdad lo que me cuenta, hombre o diablo?

—Tan verdad como que mañana llegará su madre a Madrid y podrá abrazarla.

—¿Mi madre?

El desconocido y Farinelli, con los ojos humedecidos por la ternura, respetan el silencio glorioso de un hombre joven, joven por vez primera, porque siente como nunca en

el corazón la posesión de dos amores sagrados: el de la madre y el de la amada.

* * *

Antonio se apresuró a buscar a Clara. Resucitado podría decirse, había recuperado por entero la audacia incontenible que le caracterizó siempre, sobre todo en su vida despreocupada, antes de que cayese sobre él la acusación mortal del asesinato, y lo dió todo por conseguido, todo lo que momentos antes creyó deshecho: el amor, el triunfo, la felicidad... La juventud es así: temeraria en el dolor como en la alegría; lo mismo opina que el mundo es suyo cuando le sale bien alguna cosa, que todo lo contrario; es decir, que el mundo ni es suyo ni es de nadie, sino que es la miseria en vivo, puesto que a ella le regatea una victoria.

Para Antonio Gutiérrez, maravillosamente victorioso, libre de la desdicha que lo enterraba en vida, el mundo volvía a ser su propia alma: cascabeleo, risa, fascinación, aun mucho más sintiéndose enamorado y correspondido, que era—según opinaba ahora—como entrar en la gloria por derecho propio. En tal estado de ánimos—sobre todo (sentía vibrarle la nobleza), porque recompensaría en un tris la angustia deparada a Clarita con el zarpazo

inesperado de su separación—, voló a buscarla, llevando en su inquietud todo el amor de un héroe, el amor más hermoso, que lo coronaría lo antes posible, dándole a su expresión más besos que palabras. Impetuoso, fuerte, audaz, generoso en extremo, porque Clarita merecía una dicha plena, más que en su propia vida, de nuevo jubilosa, pensaba en la de su amada, pronto feliz como ninguna gracias a él.

Desenfrenado por alborozo, subió a la pensión de Clara y llamó de manera que se alarmó hasta el perro. Sobre decir que salieron a abrirle, por si era cosa de defenderse, primero el animal inofensivo; luego la niña, que abandonó el piano para acudir al terremoto; después doña Jesusa, porque Balbuena, más prudente, fingió un calambre en una pierna, y por último, cuando cercioróse de que quien había llamado era un loco pacífico, el marido del «patrón»; mejor dicho, el que vestía en la casa, aparentemente, los pantalones de paño oscuro. Sin que se viese quién abrió, si la niña o el perro, cedió la puerta y se coló Antonio Gutiérrez como un torbellino, diciendo a modo de saludo:

—¿La señorita Clara?

—Ya no está aquí—dijo, atemorizada, doña Jesusa.

—¿Qué?

—No le mentimos, señorito—intervino Balbuena, conciliador.

—Pero...

El muchacho, en un santiamén, pasó de la locura al abatimiento. No era sensato en su delirio. Tan firmemente venía creído en que vería en seguida a Clara, que, al primer contratiempo, audacia, fortaleza, ambición y optimismo, cuanto traía en sus alas, se le cayó por tierra como una pluma. Los alarmados de antes, enternecidos ahora, miraban apenados al muchacho, y Balbuena, más cohibido que de costumbre, hizo un aparte para decir:

—Venía dispuesto a pedirle un pitillo y estoy por dárselo yo a él.

A continuación, respondiendo a preguntas de Antonio, declaró al propio Balbuena, que, a la hora de hacer gasto con la lengua, se consideraba el más elocuente de la casa:

—Miré, usté, señorito, la señorita Clara, que es una bendición de Dios, regresó de no sé qué viaje sin ganas de mirarse, y el mismo día, casualmente, vinieron los padres de ella y se la llevaron.

—Bien llorosa que iba la criatura—añadió la patrona.

—¿Y adónde fueron?—inquirió Antonio.

—Écheles usté un galgo.

—El rato que estuvieron a sus anchas—prosiguió Balbuena—, en la alcoba de la señorita, según pude escuchar por verdadera chiripa, es decir, porque me acerqué lo mejor que pude a la cerradura de la puerta, los padres, sobre todo, que son unos señorones de rompe y rasga, hablaron mucho de viajes y de llevar consigo a la señorita.

—¡Clara Laurel!—pronunció Antonio en el colmo de la desesperación,

—Esa es otra, pollito. ¡Clara Laurel! ¡Pero si ése no es su nombre!

—¿Que no?... ¿Pues cómo se llama? ¿Quién es?

—¡Ah! Ninguno lo sabemos.

En efecto, Antonio no pudo sacar en claro nada, y despidióse saludando a duras penas. ¿Quién era Clara y dónde estaría?... El ímpetu anterior habíase convertido en lentitud mortificante. Paseó por Madrid sin rumbo alguno. Había vuelto a ser, atormentado por su primera contrariedad, imprevista para su ambición, un «pobre hombre» acobardado. Él no sería feliz jamás sin el amor de su Clarita.

RODANDO POR ESPAÑA

LOS padres de Clara, especialmente la mujer, se dieron perfecta cuenta, por adivinación, puesto que la muchacha no declaraba nada, de que ésta era víctima de un sentimiento doloroso, sin relación alguna con el estado matrimonial de don Sabino, y lo que le anunciaron en la pensión al ir por ella lo pusieron en práctica acto seguido. Había que distraerla, para recuperarla como era: expresiva, cordial, encantadora. Entristecida, conmovía, contagiaba su pena, y no existía razón, sobre todo a sus años, dotados de bondades seductoras, para dejar morir en su lozanía todo un tesoro de juventud. «¡A distraerla!», se dijeron sus padres, disponiendo con toda rapidez el viaje de recreo prometido.

Los tres, padres e hija, en un coche magnífico, salieron de Madrid, con el propósito de recorrer y visitar tierras de España hasta que reanimasen a Clarita, la cual, sintiéndose a sí misma, al partir afirmaba que iba contenta. Pero lo cierto es—al contrario de lo que le sucedió camino de Sevilla, que, entusiasmada con Antonio, no admiró el exterior—que ahora, sin su amor a su lado y sin saber de él, tampoco iba propensa a disfrutar, a recrearse en las bellezas del paseo... Idolatraba al «condenado», cuya querida imagen no se apartaba de sus ojos. No le creía capaz de nada malo; pero, perverso o no, ya era conciencia suya, algo muy suyo, que reclamaba íntimamente para siempre. No viviría sin él.

Sin un plan ordenado, sino a ca-

pricho, fueron de un punto para otro de la Península, saltando de Castilla a Andalucía, desde aquí a Extremadura, a Aragón, a Levante, a Cataluña...; hoy en tal capital, mañana en tal monumento, luego en tal playa... Ver con admiración constantemente, subiendo puertos y montañas, corriendo por llanuras, conociendo ciudades; viendo cosas distintas, pero de igual potencia de atracción, como la Alhambra y el Monasterio de Piedra, Salamanca y Sevilla, los olivares andaluces y el vergel valenciano o el rendimiento catalán...; mil cosas peregrinas de las bellezas nacionales; que lo salpican todo, casi unidas unas con otras, de multitud de sensaciones indelebiles.

Otra persona que no fuese Clarita, hubiese hallado en el viaje un mundo nuevo, capaz de transformar temperamentos y principios; para Clara, en cambio, si no inadvertido, porque poseía una sensibilidad exquisita y depurada, pasó... sin pena ni gloria. Su gloria y su pesar iban en su interior, acompañándola en todo instante; para que su pensamiento, cada vez con más ahinco, le recordase incesantemente que se debía a Antonio, y Antonio a ella. Lo demás no existía...

Un criado de «casa grandes» los por curiosidad el tarjetón que acaban de entregarle para sus señores:

«La marquesa de Casa Florín invita a usted a la fiesta que ha de celebrarse en su palacio el jueves, 12 del actual, a las diez y media de la noche».

La ilustre dama, ausente varios años de su país, al volver a éste, donde se la distinguía por sus virtudes y belleza—ésta lozana aún—, quiso reunir en torno de ella a sus amistades más preciadas, y acordó hacerlo agasajando a todos con una fiesta en su palacio. Al mismo tiempo que su regreso a España, celebraría en dicha fiesta algo que le alegraba intensamente: la recuperación absoluta de su hijo, beneficiosamente cambiado por los sufrimientos.

Juan Ernesto Florín hablase reconciliado con su madre efusivamente. Sentía adoración por ella, cosa que vió, como en ningún otro momento, cuando fué a recibirla; que pensó morir de gozo al abrazarla. Por su parte, ella, que al volver a besar a su hijo creyó en la eternidad, viéndole luego reflexivo, amoroso y recatado, honesto por bondad y por prudencia, sintióse dichosísimo en extremo. Sólo le preocupaba, pero sin concederle gran

importancia, puesto que no descubría en sus ojos ningún misterio inquietante, encontrarlo de cuando en cuando mohinamente pensativo.

En efecto, Juan Ernesto Florín no se olvidaba de Clarita. Los encantos morales de su nueva vida, lejos de hacerlo ingrato y olvidadizo, le ayudaban, prestándole optimismo, a recordar y a desear con más fervor lo que quería. Tentado estuvo más de una vez, al tanto de que la muchacha había salido de Madrid sin rumbo fijo, a ir en su busca; pero, dominando los nervios, lo consideró imprudente y se contuvo. Guiado exclusivamente por su fe, tenía la seguridad de que volvería a verla. Sin embargo, transcurrían los días, sin que reapareciese por parte alguna la figura soñada de Clarita, y el muchacho se impacientaba. Por ventura, seguía siendo optimista; a pesar de su inquietud.

No había logrado descubrir el menor rastro del paradero de su amada, como tampoco ningún detalle concreto que le diese a conocer la verdadera personalidad de Clarita, cuyo nombre no era el de Clara Laurel, según se le dijo en la pensión, cuando se vió obligado, por no contrariar a su madre, a alternar en la fiesta preparada en su propia casa, en su palacio de Madrid, cerrado durante muchos años y abier-

to ahora de nuevo, más que por gusto de su ilustre dueña, por deseo expreso de Juan Ernesto Florín, que no quería reincidir en el pecado de ausentarse de su patria, amorosa y bella como ninguna otra.

El palacio de Casa Florín, de rica arquitectura castellana, era una de las mejores residencias aristocráticas de Madrid. De severa y sugestiva suntuosidad en todo, sus salones, sus galerías y jardines, espaciosos y gratos, resplandecían aquella noche de agasajo como si fuese una morada de leyenda. Decoración y luz, cuidados y cortesía, en armonía singular, debían a los sentidos impresiones dichosas. La concurrencia, nutrida y brillante, agradecía aquel bien discurriendo y solazándose como si el festejo, por lo galante de su combinación, fuese de indiscutible novedad.

Por una de las puertas del salón central, hecho un ascus celeste, al que acudían los invitados, porque iba a intervenir uno de los números artísticos contratados para la fiesta, aparecieron de brazo, con la jovialidad y confianza de dos viejos amigos, la marquesa de Casa Florín, madre de Juan Ernesto, y don Sabino Román, padre de Clarita. Hablando, cruzaron la espléndida estancia para ir a sentarse en un rincón de la misma.

—¡Ay, mi querido amigo!—decía contenta la señora—¡los hijos mandan! Yo, ante el mío, pierdo la entereza y la voluntad. Ha querido que vuelva a España, y aquí estoy. Jura y rejure que se quiere casar aquí. Así sea.

—Pues mi nena—responde don Sabino—no se quiere casar en parte alguna, si no es con un pelagatos que conoció copiando a Murillo. ¡Le digo a usted! ¡La literatura hace más daño!... Pero, en fin, como usted dice, ¡ellos mandan!

Clarita, vestida que parecía un hada, esplendorosa de belleza como una talla de ensueño—envidia aquella noche de muchos ojos—, conversaba con su madrastra en un ángulo del salón. Sonreía la muchacha, se esforzaba, en honor a los demás, por aparentar contento; pero su acompanyante, que la miraba ya con verdadera solicitud, sabía que le mentía, que sufría íntimamente, y procuraba reanimarla siempre que lo creía oportuno.

El, por su parte, rehula discretamente la aglomeración. No estaba a gusto; al parecer, pensaba más que

nunca en su Clarita, de la que no había medio de saber, y rechazaba la alegría de la fiesta.

Prodújose en el salón un murmullo significativo, anuncio de algo nuevo, e hizo su presentación, en medio de la concurrencia, que la recibió con aplausos, una de las canzonetistas españolas más queridas. Ataviada ricamente a la andaluza, de escultural figura y seductora por su simpatía, la artista impresionó lealmente sólo con su presencia. Acto seguido, dándole a su trabajo el alma, porque quería a su arte más que a su propia vida, entonando una canción típica, mezcla de seguidilla y tango—notas maravillosas de un hondo estilo popular—, puso en los concurrentes, que la aplaudían apasionados, un mundo fabuloso de emoción. Lo natural, lo nuestro, lo español, tan prodigiosamente dulce y sencillo, o ardiente y claro, llegaba al corazón de los que oían con llamaradas de alborozo.

No obstante.... Clara y Juan Ernesto no escucharon.

REAPARECE «LA NIÑA»

CLARITA, por más que hacía, no podía fingir una situación de ánimo que no sentía; es decir, que lejos de sentir, le producía mortificación. Irremediablemente, le atormentaba el contento ajeno: hasta llegar a discurrir, en su egotismo irreflexivo, ahora excitado por su pena, que el mundo era cruel, despiadado y bárbaro, cuando se atrevía a reír y a divertirse sin consolar con su silencio al que sufría, por lo menos con su silencio. Y aturdida, más que rabiosa, aprovechó una separación discreta de su madrastra para ausentarse del salón.

Andando, andando, sin un camino elegido, salió a una galería—amplia y hermosa galería de altos ventanales que daban a un jardín—,

lugar al que llegaban vagamente los rumores «martirizantes» de la fiesta. Ella quería aislamiento, soledad comprensiva y generosa para su alma, entristecida e impaciente como nunca. En efecto, lejos de todos y de todo, a solas con sus ideas y anhelos, creyó respirar mejor. La claridad serena de la noche, con la luna de gala y enbalsamado todo de delicias por los perfumes del jardín—incomprensiblemente, según Clarita, que lo creía profanación de su amargura—, la estremeció con un presagio de regocijo.

Dios iba de su brazo... Se resistía a creer, pero sentíase esperanzada. Un impulso secreto, espontáneo y protector, le hacía pensar con optimismo. No sabía cómo, entre nubes dichosas, veía a Juan Ernesto junto

a ella, audaz y enamorado como nunca, dispuesto a hacerla suya eternamente. Se detuvo encantada, no respiraba por verdadero miedo, temerosa de destruir, si se movía, la escena bienaventurada de su sueño... Estando así, se abrió una puerta a pocos pasos de ella, y apareció un criado, que se alejó inmediatamente. La muchacha, que sufrió una impresión violenta, hubo de hacer un formidable esfuerzo para no gritar, porque creyó ver en el interior de la habitación algo que, de ser cierto, la enloquecería.

Dudó un momento sobre la conveniencia—ansía ya en su espíritu—de traspasar o no la puerta que había quedado entreabierta, para cerciorarse de la verdad o alucinación de lo que había creído ver. Temía, positivamente, cometer una imprudencia, pero temía más aún no concretar lo que quería. Miró hacia atrás, vió que el criado había desaparecido, y que, además, no se veía a nadie por allí, y resolvió ser decidida. Se jugaba, quizá, un principio de triunfo, o el triunfo definitivo de su alma. Lo presentía, sin explicárselo.

Con miedo, eso sí, pero resuelta y firme, avanzó hacia la habitación, en cuya entrada pudo distinguir que se trataba de una alcoba suntuosa, propia para alguno de los propieta-

rios del palacio. La estancia estaba en penumbra y no se oía el latir de nadie. Menos temerosa, dió unos pasos hacia el interior, para palpar las paredes y buscar la luz, la cual, encontrada a poco, fué encendida por Clarita, que instantáneamente ahogó un grito de asombro. No se había engañado; sus ojos vieron con absoluta claridad. Enfrente, colgado de la pared, como objeto principal de la habitación, estaba el cuadro de «La Niña», su copia, que le había sido robada de la casa de doña Jesusa.

Fácil es suponer la situación de perplejidad en que quedó Clarita, fija en su cuadro, sin saber ella misma si lo veía con asombro alegre, o con temor de pesadilla. ¿Qué hacía su cuadro allí y cómo había llegado? Farinelli, el comprador italiano, que aparentaba ser hombre rico y distinguido, ¿tendría alguna relación de familia con la dueña de aquella espléndida residencia? De ser así, ¿podía haber llegado su terquedad y su capricho a la resolución de cometer un robo?... Por otro lado, ¿qué clase de estimación era la del actual poseedor del cuadro, que lo tenía en su alcoba con la máxima solemnidad, impropia—según la excesiva modestia de la muchacha—, del auténtico valor artístico de la copia?

Discurría, sencillamente, sobre un cúmulo de distates, unos halagadores y otros angustiosos, pero ninguno próximo a la verdad, cuando creyó oír pasos que procedían de la galería, pasos que se acercaban normalmente y que a ella, sobresaltada por momentos, la inquietaron más de lo que estaba. Aturdida, quedóse inmóvil; pero, supuso, de repente, ante la proximidad del «peligro», que los pasos importunos se dirigían hacia donde se encontraba ella y adoptó la primera decisión que se le ocurrió, o sea, apagar la luz y esconderse tras un biombo. Su desconcierto era tanto, que temía una imprudencia al menor movimiento, e intentó aguantar hasta la respiración.

Ya estaba allí quien fuese... Efectivamente, cedió de nuevo la puerta de la habitación y apareció, en silueta, la figura arrogante de un hombre distinguido, que reconoció Clara inmediatamente. Era Juan Ernesto, jera su amado! La muchacha, tocada de un asombro indefinible, por lo profundamente hermoso, se vió y se deseó para no gritar. El, entre tanto, moviéndose con naturalidad que aun asombraba más a la escondida—o la que, estallante de emoción, miraba con sigilo extremo por encima del biombo—, encendió la luz y se dirigió al toca-

dor para coger unos pitillos. Clara, adorándole, seguía hasta el pestañeo del muchacho.

Juan Ernesto, vestido impecablemente para la fiesta, denotaba, sin embargo, con su semblante, que la fiesta no le preocupaba poco ni mucho. Su gesto de indiferencia, levemente impresionado de amargura, parecía descubrir que sostenía una lucha íntima, tenaz y absorbente, que lo alejaba del lugar para acercarlo más y más, sin elección de sitio, a un solo objeto, a un ser idolatrado, cuyo paradero desconocía. Clarita, sintiéndose renacer, y renacer sobre un mundo de estrellas, creía advertir, agradeciéndolos hondamente, los sentimientos innegables del amado. Y halagada tan dulcemente, hizo por mantenerse en su situación, conteniendo hasta el aliento, sólo por disfrutar con avaricia aquel instante.

Por su lado, el muchacho, luego de coger los cigarrillos, quiso marchar de allí y una impresión extraña lo detuvo. ¿Un rumor? ¿Un perfume?... Clara temió, con un temblor de gozo y de pesar, ser descubierta en su escondrijo y aumentó su silencio. Se oía, sin duda, el latir de ambos; pero, el muchacho, aunque halagado íntimamente sin saber por qué, ni sospechó la vigilancia de que era objeto. Nada más

lejos de su imaginación. No obstante, él percibía en su alma algo dulcísimo, un punto deliciosamente evocador, que le hacía sonreír a la par que aspiraba... Lo enloquecía un aroma conocido y deseado... Era tan hondamente bello aquel momento; que decidió rechazarlo de plano ante el temor de que la desilusión hiciese alguna de las suyas.

Su fe, que era incansable, esperaba y quería el triunfo sobre un apoyo cierto.

Pensando así, pero también inquieto porque, por más que quiso, la impresión inesperada le seguía, abandonó la habitación. Clara intentó llamarlo, entonces, y le falló la voz. Era un puro temblor de flor enloquecida por la dicha.

ELISABETH

JUAN Ernesto, sin acertar a distinguir en su interior, sentíase invadido de una emoción extraña, francamente diabólica, que lo mismo lo encantaba como le sugería ideas penosas, porque—en este último caso—parecía advertir, por presentimiento, que le amenazaba la inminencia de un lance peligroso. En semejante situación de ánimo, sus pasos, de nuevo deslizándose por la galería, con dirección a la circular, que era la de comunicación inmediata con los salones principales de la casa, se pronunciaban lentos y algo torpes, cosa que, presenciada a regular distancia por Clarita, la cual había decidido seguirle, también inquietó a ésta.

El alma, indudablemente, es rara

y complicada en su formación. La de Clarita, en aquella escena, sobre todo al pensar que a Juan Ernesto le sucedía algo ingrato, a juzgar por la pesadez significativa de su andar, hubiese corrido fervorosamente al lado del muchacho para matar en él, de una vez y para siempre, el último vestigio de dolor que le quedase, y, contrariándose a sí misma, no se atrevió a hacerlo, esperando quizá... no sabía qué. Había algo superior, sin imagen precisa, que la impedía poner en práctica sus propios sentimientos. ¿Qué era, en fin, que también entristecía a ella, precisamente cuando creía que estallaría de gozo por el glorioso encuentro de aquella noche?

—¡Dios mío!—exclamó de pronto, deteniendo su amorosa persecu-

ción en un acceso atroz de angustia.

Juan Ernesto, su amado, que, con paso más resuelto, se dirigía ya hacia el interior de la residencia, casi en la puerta principal de la galería lindante quedó impresionadísimo ante la aparición insospechada de una mujer, la cual, como el muchacho, se detuvo notoriamente emocionada.

—¡Elisabeth!... ¿Tu?

—Yo, sí... Elisabeth, tu Elisabeth.

Elisabeth, mujer cuajada, gozaba aún de una juventud admirable, mucho más cuanto que su belleza, de fino tipo español, la realzaba extraordinariamente. Esbelta y morena, cadenciosa al andar y zalamera en todo, con indudable tono de distinción graciosamente sensual, era, más que de querer ella — que seducía con suma facilidad, pues a su figura interesante y sugestiva unía el don de su palabra, siempre inteligente, encantador y peligroso por la atracción irresistible de su agudeza.

Luego de un silencio en el que ninguno acertó a decirse nada, el muchacho, queriendo dominarse, preguntó:

—¿Tú en España?

—Pues, ¿no estás tú en ella, Juan Ernesto?

—Yo te juro que no esperaba...

—Y bien lo demuestras. Te has

puesto muy pálido. Tiembles... ¿Es que no teníamos tú y yo que hablar nada después de lo pasado?

—Sí, pero...

E interrumpe discretamente Elisabeth:

—Disimula, por Dios... Sonríe, finjamos uno y otro. Yo también...

Interrumpió la dama al advertir que algunos invitados, cruzándose con ellos cuando se dirigían a pasear, los miraron intencionadamente, y Juan Ernesto, en vista de que se repetía el juego, propuso con gentileza:

—Dame el brazo y vamos al jardín.

De la manera propuesta, como unos viejos y leales amigos, se alejaron hacia el sitio indicado.

Sin fuerzas en su sangre, Clara, a distancia siempre, siguió los pasos de la pareja, haciendo lo posible por no ser vista de nadie. No vivía, en realidad, con discernimiento, menos aún con fe en sus esperanzas anteriores. Había visto la expresión de ambos al encontrarse, expresión de claro reconocimiento íntimo, y había oído lo suficiente. Además, quiso percibir con claridad, que su rival — de serlo, como suponía —, era mujer fascinadora, sobre todo para un hombre menor y más ingenuo que ella. Vióse derrotada, olvidada, con la vida deshecha; vió

todavía cosas peores, como que el amor de Juan Ernesto fué mentido, entretenimiento falaz de un «soñorito» cínico, burlador por sistema. No vivía por dolor...

Por mucho que querían disimular, Elisabeth y Juan Ernesto, que avanzaban pausadamente por los senderos del jardín bajo la indiscreción de una luna maliciosa, manifestaban con sus gestos, sobre todo a los ojos de Clarita que iban clavados ansiosamente en la pareja, que los invadía algo delator, mezcla de ensueños viejos y de arhelos presentes. No hablaban; buceaban más bien como buscando un sitio grato, lejos de oídos importunos. Por fin, a instancia de ella, eligieron un banco, cuya vegetación vecina, exuberante y protectora, podía esconderlos. Sin consultarse previamente, querían—ella sola quizá—un lugar solitario, amable en lo propicio de su silencio.

Clara, a su vez, miedosa como nunca, pero resuelta a oír, se acercó tanto que tuvo que esconderse entre unos setos para que no advirtiesen su presencia. Los miraba, los vigilaba con odio, sufriendo horriblemente porque quería creer aún y siempre en la bondad de Juan Ernesto.

—Una pregunta es lo primero que he de hacerte—dijo, al fin, el mu-

chacho, sentado ya al lado de Elisabeth, que respondió serenamente, al parecer, dueña de sí, después de dominar la emoción pasada:

—¿Hazla.

—Aunque sabe mi corazón la respuesta... ¿Me salvaste tú?

—Te salvó quien te quiso más que a su vida.

—¿Y ahora?

—Ahora, si el criminal no canta la verdad, soy yo también la que la pregona. Tu felicidad me importaba más que mi nombre.

—Elisabeth...

—Yo ya no soy Elisabeth... La prueba es que vengo a España a pedirte perdón.

—¿Perdón tú a mí?

—Sí, Juan Ernesto. Yo fui la sirena, la mala. ¡Si vieras qué mujer tan distinta de aquella tienes enfrente!... Me ha salvado el dolor. ¿Y tú?... Tú aun puedes ser dichoso.

—No sé.

—Yo sí...

—Sabes más que yo.

—He hablado con tu madre y ella, precisamente, me ha contado que piensas en una mujer. ¿Es verdad?

—Es verdad—repuso Juan Ernesto con franqueza y sin la menor vacilación, para agregar con rabia y pesadumbre—: como es verdad que

ha huido de mis ojos..., que desconozco su paradero.

—¡Oh!, tú has de hablarla...— dijo Elisabeth a modo de anuncio alentador, sin ocultar del todo, aunque deseaba noble y decididamente la absoluta felicidad de Juan Ernesto, que sus propias palabras le hacían daño.

Juan Ernesto, en cambio, agradeció callando el buen deseo de Elisabeth; pero, miedoso hacia los desengaños, se resistía a tomar como cosa cierta el enorme consuelo que habían querido darle. Y a poca distancia de él, sin ser vista por nadie todavía, Clara irradiaba ya, en su temblor y por sus ojos—éstos humedecidos por la alegría más grande y viva—, una expresión de dicha extrema, eternamente invariable. Había escuchado y se creía resucitada, viéndose al renacer elegida y mimada por los dones del cielo. Impremeditadamente, a impulsos del corazón, que ya no temía nada, abandonó la sombra de los setos de modo que podía ser vista con facilidad. Y no llamó, no gritó con el alma, porque se lo impedía la emoción, la misma que, salvando un im-

posible, aun creció más al oír de nuevo a Juan Ernesto, el cual, esta vez con la mirada en la lejanía, declaró:

—Noblemente, Elisabeth: viví atado a todos los errores de la tierra, y hallé una mujer que me purificó, guiándome con esa luz ideal que salva a los hombres y los redime...

En este instante, creyó escuchar algo muy leve, como un rumor de aire suave que le trajese una palabra deseada, se impresionó visiblemente, púsose en pie y ahogó un grito de gloria.

—¿Qué tienes?

—Nada. Una alucinación. Sepárenmosnos...

Besó la mano a Elisabeth y se alejó, Elisabeth, viendo y comprendiendo, lloró y bendijo la situación de Juan Ernesto. Ella, en su error pasado, sirvió un buen día para que un hombre joven, audaz y libre, engalanase la solapa de su frac con una hermosa flor de vida corta y dolorosa. Comprendiéndolo así, sin maldecir el abandono, que lo creía naturalísimo, lloró en su soledad desesperadamente arrepentida.

DIOS NOS QUIERE

¿A LUCINACION? No creyó otra cosa Juan Ernesto. No lejos de él, al final de un sendero del jardín, junto a un rosal bañado en luna, como la celestial figura de Clarita, que lo miraba alegre y luminosa, descubrió a su adorada, y sin querer creer en ello avanzó como un loco. «¡Es ella!, ¡es ella!», iba diciendo convencido, y añadía tembloroso: «¡Dios mío, que sea!» Dicha y terror se confundían: la realidad que había frente a sus ojos, más clara y positiva a cada paso, y el horror improbable de que sufriese un sueño. «¡Es ella!, ¡es ella!», insistía en repetir conforme se acercaba. Al llegar hasta Clara, que esperaba radiante, tendió los brazos hacia ella y dijo:

—No me digas que esto no es cierto: no me digas que estoy soñando... ¿Eres tú?

Y repitió la amada con igual emoción:

—¿Eres tú?

Dios los bendijo en un abrazo.

—Dios nos quiere, Clarita—afirmó Juan Ernesto.

Son, sencillamente, indescriptibles los momentos que siguieron al glorioso encuentro de los novios, porque hablaron sus almas más que los labios. Ni ellos sabían lo que decían. Se querían sobre todo. Poco después, con más serenidad, firmes los dos en que ya no habría nada que los separase, hablaron de mil cosas, conforme iban del brazo hacia el salón en fiesta. Ahora los alentaba

y les hacía reír la sorpresa que iban a dar.

Ninguno recordó la personalidad fingida con que se conocieron. Les importaba sólo lo que vivían, como si desde el primer momento, secretamente, se hubiesen dicho la verdad de quiénes eran. Reconocíanse, pues, sin reprocharse nada, en su propia naturaleza, como se vieron por vez primera para quererse eternamente. En cambio, riendo el equívoco, comentaron lo que creían sus padres; es decir, que ella quería casarse a toda costa con un solemne mamarracho que conoció un buen día en el Museo, y que Juan Ernesto, igual que Clara, pensaba con obsesión en una pintorcilla de poco más o menos, cosa que desaprobaban, en el fondo, tanto la marquesa de Casa Florin como don Sabino.

—Van a lucirse apenas nos vean.

—Dios nos quiere, Clarita.

—Dios nos quiere, Juan Ernesto.

La felicidad los embellecía, y resplandecientes de noble y gracioso orgullo se aproximaban al salón central, donde la fiesta se encontraba en pleno auge.

...

Los invitados se mostraban satisfechísimos. La fiesta se desenvolvía gratamente, con brillanz y tac-

to inusitados, y la marquesa de Casa Florin, vuelta al gran mundo de su patria, era elogiada por su gentileza.

La ilustre dama, entre tanto, ni envanecida ni indiferente, porque sabía cumplir con su deber como aristócrata y española, separada de los demás con don Sabino, en el rincón donde los dejamos, seguía ocupándose de lo mismo, como igualmente su interlocutor. «Los hijos mandan», y los hijos absorbían la atención de ambos, mucho más desde que notaron, cada cual por su parte, que tanto Clara como Juan Ernesto, aunque discretamente, rehulan el alborozo de la noche. «A estos muchachos — convinieron — les sucede algo chocante.»

—En mi hijo, por lo que veo — declaró la señora —, es irremediable que continúe siendo un tarabilla. ¡Quién será la tontaina que lo habrá seducido de este modo!

—¡Quién será el mamarracho, digo yo, que ha embobado a mi chiquilla, la cual no tiene pelo de tonta a pesar de su rebeldía! ¡Qué hijitos, señora mía!

Casi instantáneamente, los dos quedaron en suspenso; vieron a una algo inesperado que les halagaba: sus hijos reaparecían en el salón, haciéndolo de manera que demostraban gran contento, cosa que au-

guraba entre los dos—según pensaron los padres—una amistad muy conveniente. A medida que se acercaban, porque venían directamente hacia el rincón de la marquesa, ésta y don Sabino advirtieron que los muchachos sonreían de un modo extraño, cosa que, sin acertar a comprender, les causó viva impresión.

—Mamá,

—Hijo,

—Mírala bien—se recreó en decir Juan Ernesto, señalando a la maravillosa criatura que traía al lado—, y dime si soy un tarabilla y un botarate; ésta es la muchacha con la que me voy a casar.

Los padres, asombrados, se levantan maquinalmente.

—Papé—intervino Clarita—, tu hija, la que vive en el planeta Marte, la que a ningún hombre quería unirse, se casará muy pronto, y muy pronto! ¡Y mira con quién!—recalcó en últimas, señalando a su vez con vivo orgullo al galán elegido.

La marquesa y don Sabino, que sentíanse gratamente chasqueados, no acertaron a decir palabra durante un momento con gran satisfacción de los jóvenes. La primera, respuesta del «susto» antes que el industrial, dirigiéndose a éste preguntó:

—¿Usted oye esto, mi querido amigo?... ¿Qué me dice usted?

—No puedo hablar, porque tengo la boca abierta.... y no la he de cerrar en dos meses.

Clara y Juan Ernesto, medio abrazados, ríen ante el asombro beneficioso de sus padres. La felicidad protege a todos.

Si se da el caso sobre la tierra de que alguna criatura, al alcanzar la dicha suprema, entre en el cielo de rondón, el hecho extraordinario vióse cumplido con el amor de Clara y Juan Ernesto, que, al verse juntos, bendecían hasta los sufrimientos con que habían amasado involuntariamente su cariño, por fin logrado como se prometieron con el alma en su primer encuentro.

Llenos de gratitud por el lugar donde Dios los puso delante, un buen día, acordaron volver a él en visita de recuerdo. Les atraía el Museo poderosamente, con fascinación deliciosa, no sólo por ser la gloria donde nació la bienaventuranza que los hacía dichosos, sino porque lograba de ambos, además de quererse, comprender y querer los prodigiosos bienes de su patria, fuente y altar de bendiciones. Graciosamente amartelados, hondamente felices, recorrían las salas más queridas, y Juan Ernesto, encontrándose con Clarita frente al cuadro de «Las

Meninas», de Velázquez, habló pausadamente, con delectación y sinceridad:

—En «Las Meninas» de Velázquez, seres de privilegio y seres degradados o deformes; lo que da de sí la humanidad... En Jesús—añadió, esta vez fijo en el «Jesús» del mismo artista, como su amada, cuya

cabeza se juntaba amorosa a la de Juan Ernesto—, la más pura doctrina de idealismo a que pueden llegar los hombres... Tierra y Cielo... Misero barro que nos mancha, e ideales que nos iluminan... Así hemos de vivir...—afirmó su alma—, con los pies en la tierra humilde, y en el Cielo la frente.

FIN

No pida usted una novela
cinematográfica cualquiera

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que es garantía de selección

COLECCIONE...!

LOS GRANDES ÉXITOS DE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Precio 1,25 ptas.

EL SECRETARIO DE MA-
DAMA
LA ARLESIANA
ENTRE NOCHE Y DIA
EL VAMPIRO
SVENGALI
CATOLICISMO
CIMARRON
MARIUS
UNA MUJER DE EXPE-
RIENCIA
UN CHICO ENCANTA-
DOR
LA REINA DRAGA
QUE PAGUE EL DIABLO
UN AS EN LAS NUBES
LA COMEDIA DE LA VIDA
UNA NOCHE CELESTIAL
PRESTIGIO
REDIMIDA
SUEÑO DORADO
MUJER CAPRICHOSA
DELINCUENTE
INDISCRETA
DIPLOMATICO DE MUJE-
RES
LA ULTIMA ACUSACION

PASTO DE TIBURONES
EL ROBINSON MODERNO
DANTON
ESTRELLA DE VALENCIA
EL BESO ANTE EL ESPEJO
S. O. S. ICEBERG
AMORIOS
NACIDA PARA PECAR
AUDIENCIA IMPERIAL
PARIS-MONTECARLO
GUERRA DE VALSES
MARIA
UNA VIDA POR OTRA
UNA DE NOSOTRAS
MORAL Y AMOR
DOCTOR MABUSE
EL COLLAR DE LA REINA
TUYA PARA SIEMPRE
TRAGICA ATRACCION
ORO
LA CASA
DE ROTHSCHILD
EL DESAPARECIDO
NOCHES MOSCOVITAS
NO SOY NINGUN ANCEL
EL PEQUEÑO REY

EL ULTIMO VALS DE
CHOPIN
CAMPEONES OLIMPICOS
DOCE HOMUBES Y UNA
MUJER
SU MAYOR EXITO
¿QUE HAY, NELLIE?
EL BURLADOR DE FLO-
RENCIA
DIVINA
LA ULTIMA CANCION
EL VIAJERO SOLITARIO
GLORIA DE UN DIA
EL REY SOLDADO
ESTRICTAMENTE CONFI-
DENCIAL
OJOS NEGROS
UNA NOCHE DE AMOR
UN AMOR EN ESPAÑA
EL CABALLERO DEL FO-
LIES
IMPERIO DEL CRIMEN
PODEROSO CABALLERO...
MAZURCA
LA FERIA DE LA VANI-
DAD
AVENTURA DE SILVIA

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

65 cts. tomo

QUICK, MI CLOWN
AEROPUERTO CENTRAL
CASADOS Y FELICES
EL PEQUEÑO GIGANTE
RUMBO AL CANADA

¿QUE SEMANA!
PELIRROJO
PATRICIO MIRO A UNA
ESTRELLA
TURANDOT

SI YO FUERA EL AMO
SANTA JUANA DE ARCO
EL NIDO DESHECHO
VIDA MIA
EL EMBRUJO DE MANA-
THAN

BIBLIOTECA UTIL

Precio 1,25 ptas.

ARTE CULINARIO

ARTE DE EMBELLEGER

BOTIQUIN DEL HOGAR

BIBLIOTECA IRIS

1,25 ptas.

CORAZONES ORGULLOSOS

ASTUCIAS DE AMOR

APRENDA LAS DANZAS DE MAS EXITO

Precio de cada tomo 0,40.

LA CARIOCA

SLOW-FOX - FOX BLUES

EL CONTINENTAL

EL BOLERO - EL PICCOLINO

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 797.—BARCELONA

Las grandes producciones-La mejor literatura-Los artistas célebres

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Las dos niñas de París	C. Berghon
María Estuarda	K. Hapburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilotes	Jaques Teyoli
Apuesta de amor	Gené Raymond
La vuelta de Arsenio Lu pin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fioramosca	Cino Cervi
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennet C. Grant
La mujer sin alma	John Boles

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
Gloria del Montaña (Los de Aragón)	M. de Diego
La Doloresa	Rosita O'az
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El octavo mandamiento	Lina Yegros
La reina mora	María Aries
La millona	R. de Sentmenat
Rinconete madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
Molinos de viento	Pedro Terol
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviere
La canción de Aixa	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Carmen, la de Triana	I. Argentina
Eran tres hermanos	Luisita Gargallo

Suspiros de España	Miguel Ligero
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Melodía de errabón	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche	Lucy Soto
Leyenda roja	Miguel Ligero
El crimen de medianoche	Juan de Orduña
Matangala	Ramón Pereda
Ráptalo usted	Niño Marchena
	Celia Cámez

NUESTRO TEATRO 1'50 ptas.

Los intereses creados	J. Benavente
La tabernera del puerto	F. Romero y
Luiza Fernanda	Fernández Shaw
María de la O	León y Quiroga
Romance de Lola Mon- ta	L. F. Ardevín
El difunto es un vivo	Prada e Iguino
Los clavelos	Carreño y Sevilla
Morena Clara	Quintero y Guillén
La del mazo de rosas	Ramos de Castro y Carreño

BIBLIOTECA VICTORIA

1 peseta

Las chokas de Barcelona (2.ª edición)

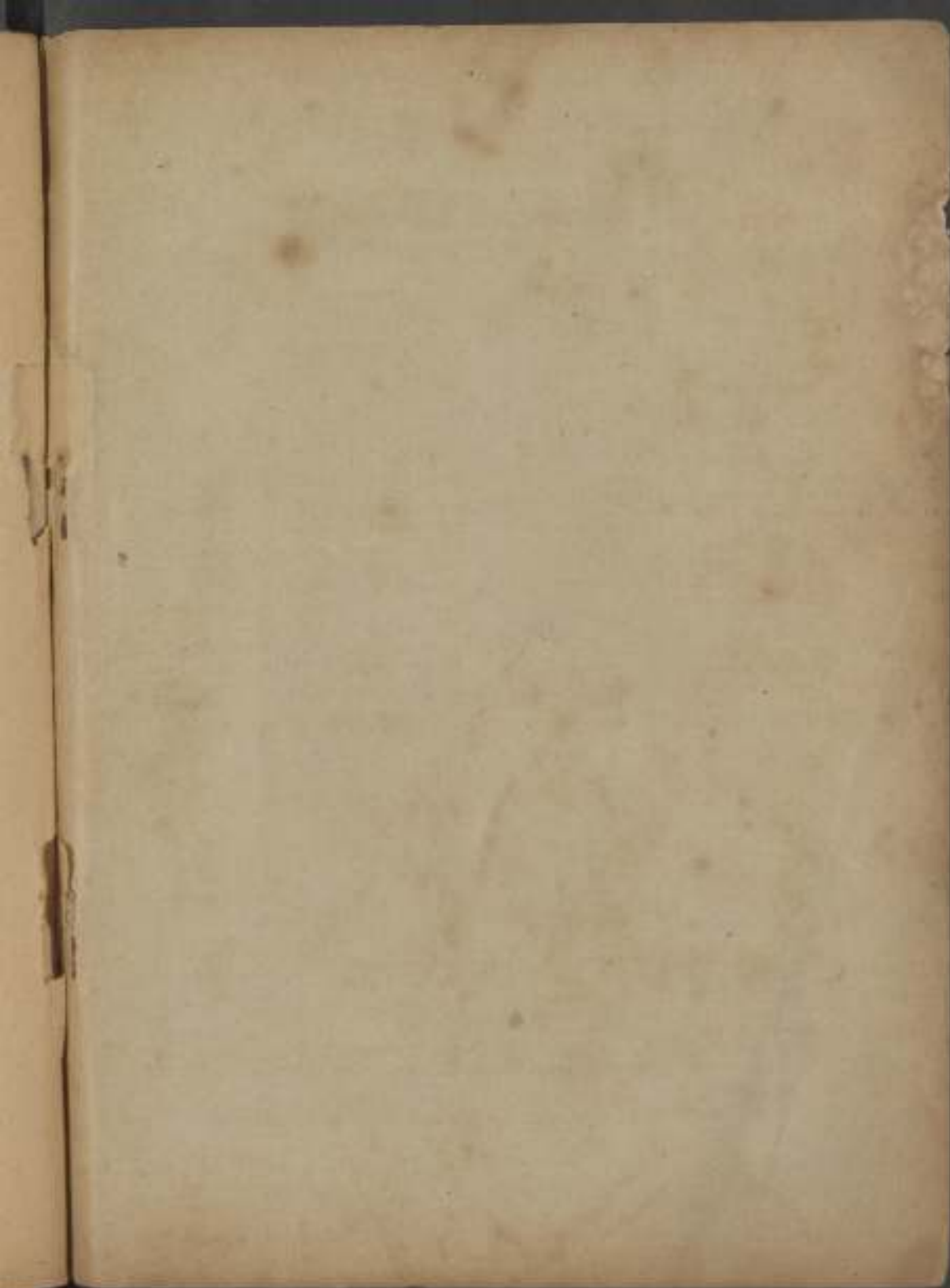
CANCIONERO POPULAR

50 Cts.

Imperio Argentina (Aixa)	Alady
Agustín Irusta	Lola Cabello
Niña de los Peines	Manuel Gosalbo
Carlos Gardel	Raquel Meller
Pitualla	Niño de Utters
El Sevillano	Mirco
Imperio Argentina (Carmen)	Gardel (Sus cro- siones)
Estrellita Castro	Dorkas
Tino Rossi	Cepero de Triana
Pope Ballesteros	Enriqueta de Arce

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



GALERÍA DE DIFUSIÓN

DE



Uno de los lujosos kioscos de
SEVILLA
donde se venden exclusivamente las
publicaciones de Editorial "ALAS"
bajo el constante control de
Don MIGUEL GARCIA PALOMO
Director-Propietario de
CENTRO DISTRIBUIDOR

2 Ptas.